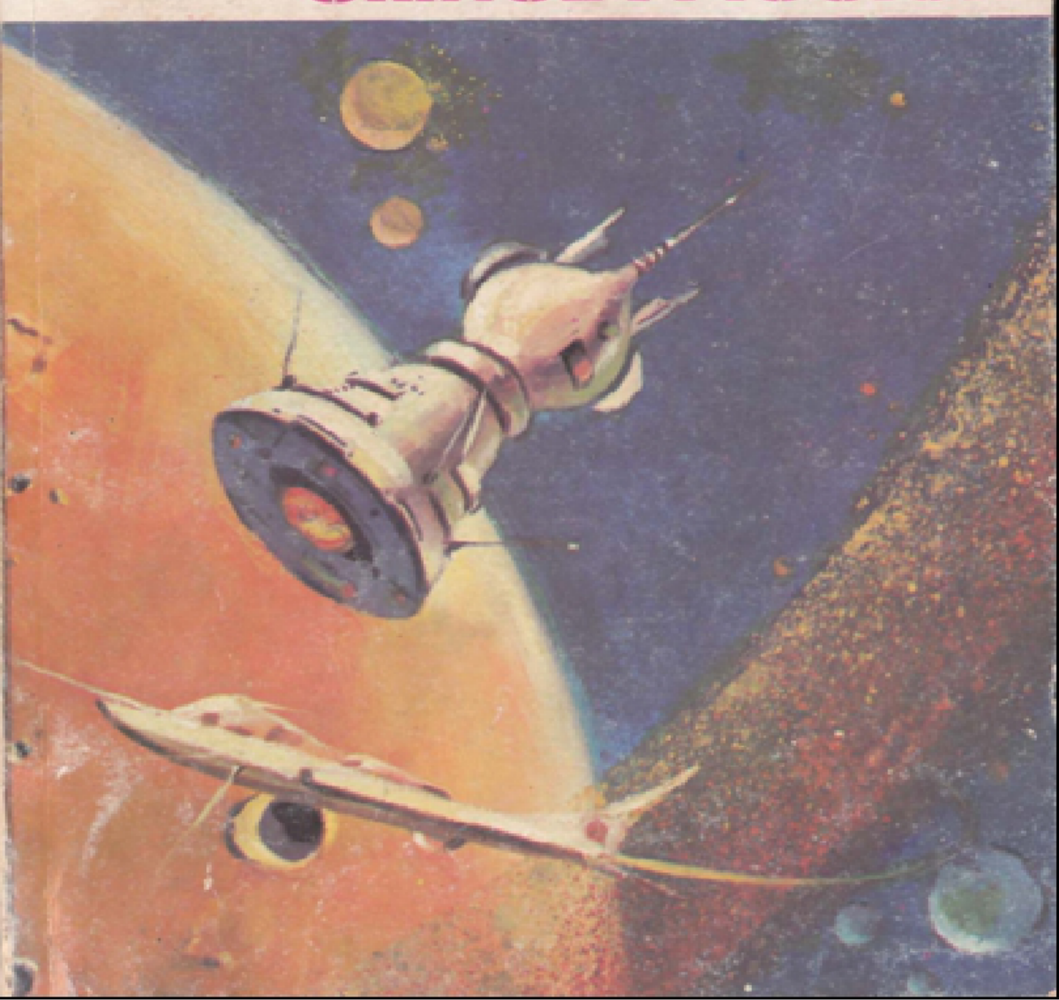
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

BASE SECRETA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





BASE SECRETA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

369 — Cita en el futuro. — A. Thorkent.

370 — Satán en el espado. — Marcus Sidereo.

371 — Zona Misericordia. — Ray Lester.

372 — Secuestro de una ciudad espacial. — Clark

Carrados.

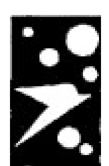
373 — Un Minuto en la Cuarta Dimensión. — Ralph BarbyA. THORKENT

BASE SECRETA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 374

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.949 - 1977

Impreso en España —Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Walt Lang miró, por enésima vez, la hora. No habían transcurrido más de veinte minutos desde que fue introducido en aquella habitación, pero se le antojaba que llevaba allí Una eternidad.

Por fin, la puerta que tenía enfrente se abrió, y la enorme figura del Regente avanzó hacia él con lentitud, tal vez con estudiada lentitud. Lang pensó que los drolitas gustaban de poner nerviosos a las personas que tenían que depender de sus decisiones.

El Regente se plantó a un metro de Lang, inclinó su corta y aplastada cabeza a manera de saludo, y tendió la caja de plástico al capitán de la nave «Gades», quien se apresuró a tomarla entre sus manos, no pudiendo evitar entonces un suspiro de alivio. Aquella caja aplastada, del tamaño de una cuartilla, significaba demasiado. Nada menos que el permiso de salida de Drole.

—Confío no haberle hecho esperar demasiado, capitán. —dijo el Regente, con tono gutural.

Pero Lang creyó adivinar, en su extraña pronunciación, un profundo síntoma de ironía.

—Gracias, señor —dijo, carraspeando—. Mis pasajeros y yo les estamos muy agradecidos.

—No lo dudo. Sé que se sentirán más tranquilos cuando hayan abandonado nuestro planeta. Pero tanto mi gobierno como yo mismo, seguimos pensando que sus precauciones son excesivas.

Lang acarició la caja. Sentía enormes deseos de marcharse, de correr hacia su nave; pero su sentido de la cortesía le obligaba a permanecer allí, aguardando el permiso del Regente para retirarse. Y aquel tipo parecía sentir grandes deseos de conversar con él.

—Es posible. Regente. Pero las instrucciones de mis superiores son terminantes. Me limito a cumplirlas.

—Ellos desconocen la realidad.

—Es posible. La Tierra está demasiado lejos de esta zona galáctica.

—No estamos ofendidos por ello, capitán. La retirada de la colonia terrestre de Drole, ante las actuales circunstancias, no la podemos considerar más que como un desmedido celo del gobierno terrestre.

—Celebro que nos comprendan.

—Forzosamente. También se ha ordenado la retirada de Rucer, lo cual indica que esta acción es promovida por sus normativas de seguridad.

—Así es.

El Regente intentó alzar su cabeza, y sus gruesos labios emitieron lo que en su raza era una sonrisa amplia, de confianza.

—Empero, capitán, debo manifestarle que la colonia terrestre hubiera podido permanecer tranquilamente en Drole. En ningún momento habría peligrado su seguridad.

—Sé que su gobierno, Regente, ofreció toda serie de garantías.

—Por supuesto. La guerra nunca llegará a nuestro mundo.

Lang reprimió su nerviosismo y deseo de marchase. No debía dejar traslucir su impaciencia.

—Desconozco los detalles, Regente, aunque supongo que deben existir razones para que usted esté tan seguro de lo que afirma.

—¡Claro que sí! El estado de tirantez entre Drole y Rucer es ya viejo. La guerra tenía que estallar algún día, pero le garantizo que no durará mucho. Nuestro poder es muy superior al de nuestros enemigos.

—Insisto en mi desconocimiento del caso, señor. Recibí la orden del gobierno terrestre, cuando regresaba a Betelgense II. Mi nave era la más próxima a este sistema, y me encargaron la misión de recoger los restos de la colonia terrestre, en su mundo. Hasta entonces, sólo había oído lejanas referencias de los planetas Drole y Rucer.

—Sabemos que hace varias semanas que los terrestres residentes en Rucer fueron embarcados —rió el Regente, visiblemente divertido—. Eso indica que la Tierra sí conoce la situación, y consideró que sus ciudadanos, en Rucer, corrían más peligro que los que vivían en mi planeta. Estoy seguro de que, antes de dos meses, los terrestres que hoy marcharán, podrán volver a sus puestos de trabajo en Drole.

—¿Quiere decir que confía que, para entonces, la paz se haya restablecido? He oído rumores de que la Liga Estelar está haciendo esfuerzos para evitar la guerra…

Las palabras de Lang no parecieron complacer al Regente, quien roncamente replicó:

—La Liga hará bien no metiendo sus narices en nuestros asuntos. Esta zona estelar no está sometida a su arbitrio. Sólo dejamos que hablen, pero no podrán intervenir físicamente. La guerra es un hecho, y Rucer pagará con creces su insolencia. Hemos soportado durante muchos años la ofensiva presencia de esos... humanos tan cercanos a nosotros. Oh, capitán, no quiero que se sienta ofendido. Nosotros, los drolitas, apreciamos la amistad de los humanos de otros mundos, pero los que viven en Rucer se establecieron allí en contra de nuestro beneplácito. Eran tiempos malos para nuestro planeta, y entonces no pudimos impedir que la colonia humana prosperase y creciera. Ahora, todo es diferente. Somos fuertes, más fuertes que ellos. Nuestra flota es numerosa y más poderosa que la de Rucer. Ellos no podrán acercarse a nuestro mundo, mientras que nosotros sí podremos ir hasta el de ellos. Por eso, la guerra no durará mucho. Los rucerianos recibirán un correctivo, que les despojará de su arrogancia por muchos siglos.

—¿Una dominación en ciernes, señor?

—No, nada de eso. Nosotros no queremos invadir Rucer. Sólo pretendemos que no se interfieran en nuestro comercio con los demás planetas de la Liga Estelar. Hasta ahora, nos han hecho mucho daño, y exigiremos reparaciones por los daños ocasionados en nuestra economía. Ya sabrá usted que mi gobierno no ha dudado en asegurar a la Liga que la guerra se llevará a cabo, según las normas vigentes. No se trata de una venganza, sino de poner las cosas en su sitio.

—Deseo que sea así, señor —dijo Lang, aspirando profundamente.

—Le deseo un buen viaje, capitán, que lleve felizmente a los terrestres a su hogar. Puede decirles, de mi parte, que pueden volver cuando quieran; siempre serán bien recibidos, en mi planeta.

Lang estrechó la enorme garra peluda del Regente. Su acondicionamiento profesional le impidió torcer el gesto, ante aquel contacto. Sus relaciones con seres de tan dispares razas galácticas le permitían mostrarse sereno y natural en cualquier circunstancia, por muy repulsivo que fuera el aspecto de su interlocutor.

De todas formas, se sintió más aliviado cuando abandonó la habitación. Llevando fuertemente la cajita de plástico, salió del edificio de la Regencia y entró en el vehículo que le esperaba al pie de

la escalera. Un uniformado piloto drolita le miró por encima del hombro, y puso el motor en marcha, sin preguntarle adonde quería ir. No era preciso. El nativo sabía que tenía que conducirle al astropuerto, donde la nave de pasaje «Gades» esperaba, anclada en el muelle principal.

Mientras el aparato volaba por encima de los grises edificios de la ciudad, Walt Lang se relajó, encendió un cigarrillo y entornó los ojos. Sin verlo, escuchó el quejido molesto que expulsó el piloto de sus amplios pulmones. Los drolitas no fumaban, e incluso se sentían molestos, cuando un humano lo hacía delante de ellos.

Pero Lang se dijo que, por él, podía fastidiarse. No se atrevería a decirle nada porque sabía que él era un personaje importante, aunque fuese extranjero. Había salido del palacio del Regente, después de entrevistarse con él, y aquello era bastante para que el piloto nativo se .mantuviera callado, soportando el humo que, a los de su raza, resultaba tan molesto.

Lang había llegado con su nave a Drole, hacía sólo tres días. En el astropuerto le esperaban los humanos, terrestres la mayoría, impacientes por alejarse del planeta, pese a las enfáticas seguridades de las autoridades drolitas de que Drole no conocería las secuelas bélicas.

No pudo reprimir un profundo sentimiento de compasión para los rucerianos. El Regente había tenido razón, al aseverar que la superioridad bélica de sus ejércitos era notoria, respecto a la de Rucer.

La Liga Estelar y la propia Tierra habían hecho grandes esfuerzos para apaciguar la situación. Aunque Rucer tenía bastante de culpa en los acontecimientos, las simpatías terrestres se inclinaban hacia este planeta, a pesar de que sus habitantes habían repetido infinidad de veces que no deseaban integrarse en la Liga, hecho que les hubiera protegido de la inminente agresión drolita.

Posiblemente Drole no recibiría ningún ataque, pero los humanos que vivían allí no deseaban permanecer más tiempo en un mundo que estaba a punto de lanzarse al ataque. Las hostilidades se habían roto verbalmente desde hacía semanas y sólo aquel compás de espera, tenso, lleno de negros presagios, podía dar paso al tronar de las armas.

Lang nunca había estado en aquel sector. Su nave era civil, pero la Tierra la había militarizado temporalmente para la evacuación de sus súbditos y de otros mundos humanos de la Liga.

Los residentes humanos en Drole ya estaban a bordo de la nave, aguardando impacientes el momento de la partida. Lang apenas había hablado con algunos de ellos. Recordó a Thomas Spencer, delegado del gobierno terrestre ante Su Superioridad Kohkol III de Drole. Como Drole no pertenecía a la Liga, no podía establecerse una embajada y sólo funcionaba una oficina comercial regida por Spencer, la cual era muy activa, dado que el comercio entre el planeta y el resto de la Galaxia se había incrementado notoriamente los últimos años.

Empero, el montante comercial de Rucer con la Liga era aún mucho mayor, lo que había atraído siempre los recelos de los drolitas, hasta el extremo de romper con sus vecinos estelares rucerianos las relaciones hacía ya veinte años, para terminar con la declaración formal de guerra hacía unos días.

El vehículo descendió en el astropuerto y Lang arrojó la colilla al descender de él. Por supuesto, no había cenicero en el interior y tuvo que sostener el resto del cigarrillo entre sus dedos hasta entonces.

Dio las gracias secamente al poco amable piloto y se dirigió hacia el muelle donde estaba posado el gran navío estelar, dorado, brillando al sol blanco del sistema al cual pertenecía Drole.

El jefe del astropuerto le salió al encuentro, cerca de la entrada principal del «Gades». Era un nativo maduro, de casi dos metros de altura y corpulento. Sus enormes hombros parecían que iban a reventar e! uniforme gris que vestía con escasa elegancia.

—La partida está dispuesta para dentro de media hora, capitán —le dijo después de revisar las placas de navegación y visados que le acababa de entregar el Regente—, Veo que le han dado una ruta prudente.

Lang se encogió de hombros, revisando las placas metálicas que contenía el estuche de plástico.

—No he tenido tiempo de verificarla.

—Presumía que el Regente le daría este recorrido, capitán. Su Gabinete de seguridad ha trabajado bien, de acuerdo con la lógica. Piense que estamos muy interesados en que lleguen sin percances a la Tierra.

El capitán echó un vistazo a las placas. Aunque para interpretarlas debidamente era preciso el uso del computador, a simple vista un hombre experimentado como él podía percatarse de que el jefe del

campo tenía razón.

Las estrictas leyes de navegación de Drole exigían que las naves extranjeras que partieran y llegaran al planeta lo hicieran siguiendo una ruta que ellos debían determinar. Siempre había sido así, según se enteró apenas arribó. Ahora, teniendo en cuenta la inminente guerra, las disposiciones se endurecerían.

Por lo tanto, a Lang no le cogió desprevenido conocer que debería dar un amplio rodeo por el subespacio para alejarse de Drole. Para regresar a la Tierra tenían que pasar cerca del sistema planetario de Rucer, el cual, por medio de la ruta trazada, rodearían dando un amplísimo desvío. Aquello les costaría muchas horas extra de vuelo, pero Lang no tenía la menor intención de protestar por la imposición.

Con tal de marcharse de aquel sector, lo daba todo por bueno.

—-¡Por supuesto que pienso seguir la ruta impuesta, jefe —dijo Lang cerrando cuidadosamente la caja—; pero lo considero ridículo.

—¿Por qué?

—Vamos, usted es un hombre inteligente y estará de acuerdo conmigo que Rucer respetara siempre una nave neutral como la mía.

—Desconoce a los rucerianos, capitán —comentó, disgustado, el jefe.

Lang estuvo a punto de decirle que él confiaría antes en un humano aunque fuese de Rucer que en el mejor de los drolitas. Pero se limitó a sonreír levemente.

—Y no creo que tenga oportunidad de conocerlos personalmente, jefe —y añadió para explicar el significado de tal aseveración—: No pienso volver por este sector espacial. Me enteraré del resultado de la guerra por los noticieros.

—No dude que conocerá la victoria de nuestras armas. Y será dentro de muy poco.

Lang se llevó la mano hasta la visera de su gorra, saludó y pasó delante del jefe del campo, quien respondió con una leve inclinación de su enorme cuerpo antes de volverse, montar en el deslizador y emprender el regreso a los edificios administrativos.

Pronto llegaría la tarde, pero mucho antes que la noche mostrase

sus primeros indicios, la nave estaría lejos, pensó Lang mientras se dejaba llevar por la rampa gravitatoria hasta la esclusa principal.

Allí, sonriendo nerviosamente, estaba su segundo, Don Clinf. Lang le entregó el envase de plástico, diciendo :

—No pierdas tiempo; quiero que insertes nuestra marcha: directamente a la Tierra —agregó después de darle unas palmadas en la espalda—: Si las corriges, como me figuro que harás, no te sorprenda que, al pasar a la altura del sistema solar de Rucer, demos un amplio rodeo. Los drolitas nos aman tanto que no desean que una patrulla de Rucer nos moleste.

—¿Qué patrulla ruceriana? ¿Es que tienen alguna nave que enviar tan lejos?

—No lo sé; pero los drolitas son desconfiados.

Mientras caminaban por el pasillo de recepción escucharon a sus espaldas el seco chasquido de las compuertas al cerrarse.

—Esos desdichados rucerianos sólo disponen de medios defensivos, y apenas unos trastos viejos que han adaptado como unidades de combate, pero incapaces de enfrentarse a las naves de estos gorilas.

—Veo que no te son simpáticos nuestros anfitriones.

—Al menos los rucerianos son humanos...

—No olvides que eres un ciudadano terrestre, neutral por lo tanto —remachó, socarrón, Lang.

—He leído bastante acerca de estos mundos, capitán.

—¿Cómo ha sido eso? A bordo no tenemos nada al respecto.

—Ayer me prestó un pasajero bastante documentación acerca del viejo conflicto entre Drole y Rucer. A propósito, se llama Tugh Mesh y quiere verte antes de despegar. Lo ha estado intentado desde que llegamos y él embarcó.

Lang torció el gesto. Miró la hora. Apenas si quedaban veinte minutos para la partida.

—No tendré tiempo. ¿Por qué no le dijiste que se recluyera en su camarote como todos los demás pasajeros?

—Insistió mucho. Es un tipo interesante, un historiador, según tengo entendido.

—¿Dónde está?

-—En la sala aneja al puente de mando.

Lang suspiró resignado.

—Está bien. Le concederé unos segundos. No quiero ser descortés con esta gente. Todos están muy nerviosos. Ahora no pierdas tiempo y quédate en el departamento del computador —añadió irónico—: No te olvides de insertar nuestra tabla de salvación.

Don agitó en el aire la cajita de plástico, riéndose fuertemente mientras se introducía en el tubo conductor. Lang torció por la derecha, recorriendo un largo pasadizo estrecho. Un altavoz empezó a esparcir la metálica voz del ordenador impartiendo las últimas instrucciones para la partida, recordando a los pasajeros que debían estar en Sus camarotes antes de diez minutos.

—...Se avisará oportunamente cuándo puedan abandonar sus camarotes —seguía diciendo la átona voz—. El capitán, Walt Lang, les desea un buen viaje. Durante diez días navegaremos por el hiperespacio, emergiendo al normal cuando el navegador automático, pendiente de las instrucciones insertas y previamente programadas...

Lang estaba acostumbrado a aquella rutina previa a cualquier partida. Al cruzar por la salita situada junto al puente, una figura se alzó de una butaca y carraspeó para llamar su atención.

Sólo entonces1 recordó que debía escuchar a aquel tipo llamado... ¿Cómo había dicho Don que se llamaba el historiador? Sí, Tugh Mesh. Un raro nombre. No le había dicho si era ciudadano terrestre.

Se volvió y vio a un hombre alto, casi más que él. Era delgado y muy moreno, de cabellos largos y azul intenso.

Mesh caminó por el alfombrado piso como si imitase los movimientos felinos de un tigre. Sus facciones se movieron secas al intentar dibujar una sonrisa que no complació totalmente a Lang.

—Me llamo...

Lang le atajó:

—Sé su nombre, señor Mesh. Mi segundo, el teniente Clinf, me dijo que deseaba verme. Comprenda que no tengo tiempo. Sea breve. Antes de unos minutos debe estar acomodado en su camarote y…

—Lo que tengo que decirle es extenso, capitán.

—Entonces lo siento —Lang mostró su enfado. Volvió a mirar la hora—. Ya va contra las ordenanzas que permanezca por la nave. Le ruego que regrese a su camarote cuanto antes.

—Lo siento, señor. —La sonrisa de Mesh se había esfumado y sus labios mostraron una delgada línea recta —. No sabía que iba a regresar tan justo de tiempo para disponer la partida. He estado aquí esperándole más de seis horas, desde que marchó a la ciudad en busca del permiso de marcha y las planchas de ruta.

—Le veré apenas estemos inmersos en el hiperespacio. Entonces le escucharé complacido.

Mesh asintió con un ligero movimiento de cabeza, pasó delante del capitán, en dirección a la salida. Dijo suavemente:

—Estoy seguro de ello, capitán. Perdone que le haya interrumpido.

Lang, irritado, le vio salir. Resopló y penetró en el puente, derrumbándose en su sillón. Junto a él, los demás técnicos ya trabajaban delante de los paneles de mandos, comprobando datos e informes.

Pero ya todo dependía del ordenador. Lang alzó su mirada. Quedaban once minutos para la partida, apenas un respiro. Pensó que Mesh estaría ya en su camarote. Decidió olvidarse de él. Su brazo derecho se adelantó hasta el botón de partida.

Delante suyo, cientos de luces se iban encendiendo, indicando que todo estaba en orden.

CAPÍTULO 2

Seis horas más tarde, cuando la nave había rebasado más del cincuenta por ciento del espacio perteneciente al sistema planetario de Drole, Walt Lang abandonó el puente de mando, siendo reemplazado por el tercer piloto, un vegano de dos metros y medio de altura, de anchos hombros y delgadísima cintura. Se llamaba Yaneil y era uno de los más antiguos miembros de la tripulación.

—Todo correcto, capitán —dijo el vegano, trabajando con sus larguísimos dedos, lo cual siempre maravillaba a Lang.

—Perfecto. Dentro de seis horas te reemplazará Clinf.

Al dirigirse hacia el comedor, Lang estuvo tentado de entrar en la cabina del ordenador. Pero pensó que Clinf ya no debería estar allí desde hacía tres horas, al menos. Se cruzó con dos mecánicos de servicio y conversó con ellos unos instantes. Su trabajo de rutinaria inspección por la nave les aburría, según manifestaron. Lang replicó que aquélla era una buena noticia. Cuando los mecánicos no tenían en qué distraerse significaba que todo marchaba bien.

Antes de entrar en el comedor, estuvo unos minutos en su camarote. Se cambió de uniforme, maldiciendo la maldita costumbre establecida de que el capitán tenía que comer, al menos una vez al día, en compañía de los pasajeros.

Apenas penetró en el comedor recibió cuarenta y cinco miradas curiosas. Allí estaba el pasaje completo. Al menos aquel día ninguno optó por comer en su camarote. Todos habían acudido al gran salón para asistir al protocolario acto que Lang, respetando la tradición, debía culminar con unas palabras de bienvenida.

Lang carraspeó y deglutió antes de decir:

—Señoras, señores, mi nombre es Walt Lang y les doy la más sincera bienvenida a bordo. Tanto mi tripulación como yo confiamos que disfruten de un placentero viaje. —Se sonrió interiormente. Aquel pequeño discurso lo había usado cientos de veces. Sólo tenía que cambiar el final, según a qué planeta se dirigieran—. Les deseo una feliz llegada a la Tierra. Gracias.

Una ola de rumores siguieron a sus palabras. Tal vez algunas

personas se sintieron un poco decepcionadas por la brevedad, pero Lang había tomado ya su bandeja y estaba pasando por delante de las viandas, eligiendo la comida. Cuando hubo terminado y se dirigía hacia una mesa, pequeña, para evitar que fuesen demasiados los pasajeros que la compartiesen con él, escuchó una voz a su lado:

—¿Le importa que me siente a su lado, capitán?

Era una voz atiplada, que empleaba un lenguaje universitario. Se volvió y vio a una mujer muy hermosa, ataviada a la última moda terrestre, que consistía en vestir lo menos posible. Inmediatamente le indicó una silla al otro lado de mesa y se sentó muy despacio cuando ella lo hubo hecho.

—Me llamo Iris Resae y…

—No es sólo la más encantadora periodista de Drole, porque sería injusto calificarla así ya que sólo ella ejercía allí, sino de toda la Liga Estelar —añadió un hombre de ademanes estudiados, ocupando la tercera silla de la mesa, impidiendo que la ocupase una dama mayor, cargada de joyas, que se alejó, ofendida, en busca de otro acomodo.

—Buenos días, Delegado Spencer —saludó el capitán, tal vez un poco agradecido por haberle librado de la compañía de la dama madura que le habría acribillado con preguntas estúpidas.

—Ya veremos cómo termina la jornada —suspiró Spencer—. De hecho ya tengo una terrible enemiga a bordo—. Y señaló desmadejadamente a la dama.

—Tal vez le tenga que dar las gracias, en tal caso.

—No, nada de eso. Tengo enormes deseos de conversar con usted, capitán, si no le molesta, mientras comemos.

Lang se encogió de hombros. En aquel momento, recordó que le había prometido a Tugh Mesh escucharle apenas hubiesen partido. Echó un vistazo al comedor y creyó verle comer solo, ante una mesa apartada.

Mesh comía inclinado sobre su bandeja, con el ceño ligeramente fruncido y sumido, al parecer, en profundos pensamientos. Lang se encogió de hombros. No sería él quien le buscara. Si tan importante era lo que tenía que contarle ya acudiría el propio Mesh en cualquier otro momento.

—Claro que no me importa, Delegado —respondió Lang, mirando por encima del vaso de vino el rostro agradable de Iris.

—¿Qué tal le fue la entrevista con el Regente?

—No sabría explicarlo. Los drolitas, como la inmensa mayoría de las razas no humanas son difíciles de comprender. Pero tengo la impresión de que esta gente va confiada a la guerra.

—Así es. Ni el más cerdo de los drolitas parece albergar ningún recelo respecto al resultado del conflicto que está a punto de iniciarse. Y eso preocupa enormemente a la Tierra.

—¿Habla como delegado de la Tierra o representante de la Liga?

—En Drole siempre representé los intereses de la Tierra, principalmente. La Liga era secundaria en mi labor. ¿Qué conclusiones ha sacado del planeta que hemos abandonado?

—He visto muchos similares, con seres aún más horribles que los drolitas. Como desconozco las causas del conflicto y los antagonistas de Drole, los rucerianos, me siento incapacitado de opinar.

—Los rucerianos son humanos —intervino Iris, apasionadamente—. Lo pasarán mal. La Liga se arrepentirá de no impedir la guerra.

—La señorita Resae estuvo como corresponsal hace unos años en Rucer, antes de que su agencia la enviase a Drole, —explicó Spencer, y Lang captó en su tono un leve disgusto.

—El Delegado nunca aprobó mis trabajos periodísticos, capitán —dijo Iris, de forma destemplada—. Algunas veces me insinuó que yo inclinaba mis simpatías hacia Rucer, lo cual a él le parecía mal.

—Su actitud pudo haber creado una situación tirante de los drolitas ante la colonia humana, señorita. Siempre he creído que sus trabajos eran revisados por las autoridades de Drole antes de ser enviados a la Tierra.

—Yo acostumbro a trabajar libremente...

—Bien, bien. Ya no existe el menor riesgo —cortó Spencer—. Por fortuna estamos a salvo, camino de la Tierra. Olvidemos estos últimos días de desasosiego y...

—Un momento —dijo Lang—. Los drolitas están convencidos que

ellos no padecerán las consecuencias de la guerra en su mundo. Y respecto a eso pienso que no es una actitud estudiada, sino que lo creen firmemente. ¿Por qué ningún humano ha pensado lo mismo y permanecido en Drole?

Spencer señaló a los comensales.

—Casi todos son comerciantes, que han ganado buen dinero, estos últimos años en Drole. Estoy seguro que ninguno ha salido contento. Pero ante todo está su seguridad. Todos, sin excepción, están al tanto de los detalles y consideran que la confianza de los drolitas es excesiva. Aunque Rucer no cuente con una flota espacial capaz de llevar la guerra a Drole, si el conflicto dura un período de tiempo determinado, los rucerianos tendrán a su alcance los medios de poner en peligro la seguridad civil de su planeta enemigo.

-—¿Y eso lo saben los drolitas?

—Claro que sí. Aunque parezcan osos son inteligentes. Es posible que pequen de egocentristas, de ahí la orden que recibió usted de tener que ir personalmente al palacio del Regente a recoger las coordinadas de ruta. Son seres peculiares, no lo dude. Pero Kohkol III y sus generales están seguros de que la guerra sólo durará unas semanas.

—Drole basa su confianza en su flota sideral, mientras que Rucer espera detener la invasión con sus defensas situadas en satélites artificiales que prácticamente cubren toda la superficie de su mundo —añadió Iris—. Cuando dejé Rucer ya se pensaba en la guerra y los rucerianos trabajaban duro para defenderse. También ellos estaban confiados. Nunca lo publiqué, pero creo que ellos están trabajando en un proyecto que les permitirá bombardear Drole desde su mundo con toda efectividad.

—¿Cree que lo harán de un momento a otro?

—Oh, no. Ningún bando se atreve a dar el primer golpe sin la seguridad de poder asestar el segundo y definitivo. Rucer también dispone de un sistema de detección eficaz, por el cual sabrán, al instante, cuando la flota de ataque drolita abandone su base. Es posible que entonces tengan que sostener una defensa desesperada, buscando el tiempo que precisan para culminar su proyecto y poder bombardear algunas áreas pobladas de Drole. Entonces exigirían un armisticio. Rucer, realmente, no quiere la guerra porque no les interesa. Hasta ahora han dominado a los drolitas en el comercio

estelar, que es lo que les importa. Por su parte, los drolitas saben que no prosperarán económicamente mientras tengan tan cerca unos competidores tan fuertes. Para acabar con la competencia pretenden ganar la guerra y dictar fuertes medidas restrictivas a los vencidos.

¡Es usted endiablada, señorita! —rió el Delegado—

He leído todos sus artículos y en ninguno mencionó estas opiniones.

—¿Me supone una ingenua, Delegado? Yo también sospechaba que mis trabajos eran revisados por los servicios de inteligencia de Drole. No niego mis simpatías hacia Rucer. Por lo tanto, nunca pensé en escribir nada que pudiese perjudicar a mis amigos.

—¿Amigos? —exclamó Spencer—. ¿El sentirse segura en el espacio le permite reconocer su amistad con los rucerianos?

—Considérelo como quiera —respondió Iris, alzándose de hombros.

Lang comprendió en seguida que las relaciones entre Spencer y la periodista nunca habían sido cordiales. Intervino para aminorar la tensión entre ambos:

—Aún no ha contestado a mi pregunta de por qué se ha llevado a cabo la evacuación, Delegado. Noté en el Regente cierto reproche, ante esta falta de confianza de los humanos en el poder de Drole.

—La Tierra ha hecho estudios profundos del conflicto, capitán. Las conclusiones obtenidas apuntan que, dados los respectivos potenciales de los dos planetas, Drole tiene las mayores posibilidades de vencer, de poner Rucer al alcance de los cañones protónicos de sus naves de guerra. Aunque les cueste algo, terminarán destrozando las defensas rucerianas y castigando a las ciudades. Antes que nada, la Tierra y la Liga determinaron que la población de Rucer debía ser evacuada. Esto se llevó a cabo hace algún tiempo. Como medida de seguridad también se ordenó que se marchasen los humanos residentes en Drole. Así no se mostraría ningún indicio de que la Tierra piensa que Drole vencerá.

—Y también se reservan cualquier actitud posterior si sus cálculos han resultado erróneos y termina venciendo Rucer —apostilló irónica, Iris.

—Eso nunca puede suceder, señorita. Todos nosotros podíamos habernos quedado tranquilamente en Drole. Eso lo pienso yo, aunque

el resto de los evacuados no hubieran accedido, quizás porque desconocen tan bien como yo los pormenores. De todas formas es mejor lo que hemos hecho. Personalmente estoy de acuerdo con el Regente cuando afirmó que antes de unos meses podríamos volver a Drole para reemprender nuestras actividades.

—Pero usted dijo que si el conflicto dura más tiempo de lo que esperan los drolitas, Rucer puede castigar a Drole...

A la pregunta de Lang, el Delegado contestó con un ademán de indiferencia:

—Esa posibilidad fue estudiada en la Tierra detenidamente. Es cierto, pero totalmente imposible que los rucerianos obtengan ese plazo que precisan. Mucho antes, Drole situará sus naves a corta distancia de Rucer, destruirá los satélites defensivos y algunas instalaciones, obligando a los rucerianos a firmar la paz, bajo las condiciones que les sean impuestas. En realidad no será una guerra muy cruenta.

—Lo cual le complacería a usted muchísimo —silabeó Iris.

Lang se volvió sorprendido para mirar a Spencer. El Delegado se puso rojo y con voz ronca, respondió:

—¿Qué quiere insinuar?

—Hubo un momento en que la Liga, a petición de la Tierra, estuvo a punto de intervenir para impedir la guerra. Sé de ciertos informes que hicieron cambiar de opinión al gobierno terrestre, unos informes que partieron de Drole, firmados por usted, en los que aseguraba que Kohkol III sería magnánimo con los vencidos, que no se producirían desmanes ni matanzas.

—Eso último es cierto, me consta; pero miente al decir que mis informes fueron decisivos.

—La Tierra sólo ve el conflicto a través de sus ojos, Delegado. Y lamento no disponer de las pruebas suficientes para demostrar ante la Corte Suprema de la Tierra que usted ha recibido espléndidos regalos de los drolitas por impedir la intervención de la Liga.

—Si fuera un hombre, señorita Resae, no consentiría... —dijo Spencer, alterado, levantándose.

Lang se alegró de que en ningún momento las voces hubieran

subido de tono, atrayendo la curiosidad de los cercanos comensales. De todas formas se sentía violento.

—Quiero prevenirle, señor Spencer, que mi cadena de noticias conocerá detalladamente todo lo que sé. A mi regreso a Rucer contaré que todas las promesas de indulgencia de Khokol III son un montón de mentiras.

Spencer arrojó la servilleta sobre su bandeja y dijo antes de alejarse:

—Dudo que reciba usted el beneplácito de las autoridades competentes para retornar a Rucer. Por supuesto, las puertas de Drole nunca más le volverán a ser abiertas.

El Delegado abandonó el comedor y Lang miró profundamente a Iris. La muchacha respiraba con dificultad a consecuencia de la alteración de sus nervios. Le tomó la mano y dijo indulgentemente:

—No debió hablarle así, señorita. Es posible que sea verdad todo lo que ha dicho, pero debió ser más prudente y esperar a estar en la Tierra y haberse asesorado antes de amenazarle. Ahora es difícil que pueda demostrar nada si usted tiene la razón; le ha puesto en guardia.

Iris despejó los alborotados cabellos que habían caído sobre su frente. Sus rojos labios emitieron una sonrisa.

—Usted tiene algo que me impulsa a confiar, a decirle que no carezco de las pruebas para llevar a ese puerco ante una Corte.

—Debería darle las gracias, pero insisto en que debe ser más prudente.

—Bah. He querido poner nervioso a Spencer y creo que lo he conseguido.

—De eso estoy seguro.

—Celebro haberle conocido, capitán. ¿Sabe cuál es mi camarote?

—Tendría que mirarlo en la lista del pasaje.

—No se moleste. Está en el nivel doce y es el número veinte.

Iris se incorporó, recogió la pequeña capa trasparente y graciosamente se la acomodó sobre los hombros desnudos. Se inclinó levemente y susurró casi al oído de Lang:

—Sé que está fuera de servicio. Le espero en mi camarote, capitán. Allí tengo una botella de buen vino ruceriano, regalo de mis viejos amigos.

Y se alejó contoneándose, dejando a Lang con la boca medio abierta. No era la primera vez que alguna pasajera bonita llamaba su atención y resultaba una buena compañera de viaje, pero Iris había conseguido desconcertarle. No parecía ser una chica tan impulsiva. Al menos hacía tan poco tiempo que la conocía que aún no había tenido oportunidad de clasificarla.

Terminó de engullir el postre y esbozó un sonrisa. ¿Qué más daba? Era muy bonita. Sería interesante averiguarlo todo respecto a ella.

CAPÍTULO III

Yaneil esperó que el retraso llegase a la media hora completa antes de informar al capitán. Tomó el micrófono después de marcar la clave personal de Lang y dijo:

—Señor, tengo que informarle.

Arrugó su ceño profundamente cuando no obtuvo respuesta inmediata, como hubiera sido lo normal.

Lang podía estar en cualquier parte de la nave, pero la llamada codificada forzosamente tenía que ser escuchada por él. Aquello no era normal. A no ser que...

Yaneil sonrió parcamente y manipuló en el ordenador colateral. En seguida aparecieron en una luminosa pantalla unos números. El vegano asintió. El capitán estaba en un camarote del pasaje. Volvió a preguntar al ordenador y la respuesta surgió: Resae, Iris.

El vegano se dijo que podía ser imprudente, pero no tenía más remedio que informar en seguida. Insistió en la llamada una vez más.

Delante suyo se encendió un rectángulo y el rostro enfadado de Lang apareció. Por un momento, Yaneil creyó ver una figura desnuda que se deslizaba dentro de las sábanas de la cama.

—Yaneil, has usado el código de emergencia —dijo Lang—. Confío que tus motivos sean sólidos...

—Así lo temo, señor —repuso Yaneil, modulando cuidadosamente —. ¿Le parece suficiente que Don Clinf aún no se haya presentado a relevarme?

Clinf muestra todos los síntomas. No temas, no se trata de nada peligroso. Es un virus no contagioso que ataca de alguna forma el cerebro y sume al enfermo en un letargo que suele durarle entre veinte o sesenta horas; depende de su fortaleza.

—¿Quedan secuelas?

—Ninguna. Es una enfermedad molesta, nada más. Se descubrió hace más de doscientos años, durante las exploraciones a la constelación herculana y...

—¿Está bien, está bien —le atajó Lang, mirando a Don, que yacía sobre la cama de la enfermería. Parecía dormir plácidamente.

—De todas formas será conveniente que vacune a toda la tripulación —dijo Sánchez—. Dudo que esto se propague, pero es una medida conveniente. Al pasaje no le diremos nada. Existe un temor profundo a cualquier clase de enfermedad estelar.

—Ocúpate de todo. Pero hay algo que no me explico...

—¿De qué se trata?

—Don nunca cerraba la puerta de la cabina cuando trabajaba con el ordenador. En cambio esta vez sí lo hizo. ¿Por qué?

—A eso no puedo responderte —sonrió Sánchez, que había empezado a sacar de un armario varias cajas con ampollas—. Es posible que se sintiera mal. Los síntomas iniciales dan un fuerte dolor de cabeza y provocan escasa coordinación mental.

Lang asintió.

—Debe ser eso. Muchas veces le dije a Clinf que debía cumplir con las ordenanzas y cerrar la cabina. ¿Es posible que su mente en aquel momento sólo respondiera al impulso de obedecerme, olvidándose de pedir ayuda?

—Sí.

—Gracias, Sánchez. Cuídale.

Al dirigirse hacia el puente de nuevo, Lang casi se dio de bruces con Tugh Mesh al doblar una esquina del pasillo.

—Discúlpeme, capitán —dijo Mesh—, Me habían indicado que estaba en este nivel. Durante la comida le vi conversar con tanto interés con el Delegado que no me atreví a molestarle. ¿Ha olvidado que deseo hablarle?

Lang crispó los puños, aspiró aire y respondió:

—Lo siento, señor Mesh. Ahora estoy muy ocupado.

Mesh sonrió enigmáticamente.

—¿Problemas, capitán?

—¿Por qué tiene que haber problemas?

—Debería relajarse, señor. Se le nota muy tenso.

Lang le miró atentamente. Era la tercera vez que veía a aquel tipo y ya le resultaba profundamente antipático.

—Ya le llamaré cuando pueda atenderle, señor Mesh.

—Será pronto, capitán.

Walt sintió deseos de detenerse y preguntarle qué había querido decir. Pensó que posiblemente había entendido mal y Mesh le había dicho que deseaba que fuera pronto.

En el puente estaban Yaneil y el oficial Cotten.

—Yaneil, ¿por qué no te has retirado a descansar? Llevas aquí más de siete horas de servicio.

Entonces vio los semblantes preocupados en los dos hombres.

—Íbamos a llamarte, Walt —dijo Yaneil.

—¿Qué sucede ahora?

—Dificultades, me parece.

Cotten le cedió su sillón y Lang empezó a estudiar los registros junto con Yaneil. El vegano dijo:

—Mientras estabas en la enfermería comenzaron las anomalías, Walt. Nos estamos retirando de la ruta que debíamos seguir.

—Eso es imposible. Tengo los gráficos que, junto con las tarjetas, me entregó el Regente.

—Mira, Walt —dijo cansadamente Yaneil—, he tenido tiempo de hacer suficientes comprobaciones. Debíamos estar a dos años luz del sistema solar de Rucer; pero no es así. Pasaremos a menos de diez horas luz de él.

Lang arrebató al vegano el pliego donde estaban reflejados los resultados del ordenador colateral, que trabajaba independientemente del principal que se ocupaba en su totalidad de conducir la nave según las grabaciones de las tarjetas.

—El Regente de Kohkol me aseguró que la ruta que nos habían trazado nos llevaría muy lejos de Rucer. Querían evitarnos problemas.

—¿En el hiperespacio? —inquirió Yaneil.

—Estamos dando saltos de tres meses luz. ¿Lo olvidas? El ordenador precisa que la nave salga al espacio normal de vez en cuando para corregir la deriva —repasó la ruta escrita sobre la pantalla—. Según los datos saldremos automáticamente del hiperespacio dentro de unos minutos… Treinta y cinco exactamente. Diez después volveremos a entrar en…

—¡Capitán! —gritó Cotten.

Lang se volvió hacia él.

—¿Qué pasa ahora?

—Compruebe el trazado —dijo con excitación, señalando el mapa estelar de la zona que brillaba detrás de ellos—. Vamos directamente hacia el sistema vecino de Rucer… —tecleó en el ordenador y una tarjeta surgió de una ranura, la leyó y añadió—: Es el RT-S 789.

El capitán palideció. No necesitó mucho tiempo para comprender que se encontrarían dentro de aquel sistema dentro de unos treinta minutos, poco antes de emerger del hiperespacio.

—Esto es inaudito —maldijo a continuación, agregando—: ¿Qué demonios han puesto esos drolitas en las tarjetas que nos obligaron a insertar en el ordenador central?

El vegano torció la cabeza y dijo roncamente:

—Si esos drolitas querían ponernos fuera del alcance de cualquier peligro están haciendo todo lo contrario. Esperemos que no estemos mucho tiempo en el espacio normal en el sistema RT-S 789, sólo el suficiente para largarnos antes. Todo ese sector es futura zona de guerra.

—Eso lo averiguaremos en seguida —dijo Lang—. Estaré en la cabina del computador. Apenas surjamos, extraeré las tarjetas y las revisaré.

—¿No era ése el cometido de Clinf antes de insertarlas? —preguntó Yaneil.

Lang asintió sin saber qué respuesta dar a continuación. Si al menos Clinf estuviera en condiciones de explicar algo. Todo indicaba que desde que la nave despegó, había estado inconsciente en la cabina del computador. Todo aquello resultaba muy extraño.

Yaneil había seguido trabajando en los datos y explicó antes de que Lang abandonase el puente de mando:

—Durante nuestro trazado dentro de ese sistema solar pasaremos muy cerca del segundo planeta, del tipo T menos Dos. Está sin habitar y depende por entero de la Liga, por lo cual no ha sido abierto aún a la colonización. Pertenece a la reserva de Clase B.

—¿Qué hay después de nuestra permanencia en ese sistema?

Yaneil se encogió de hombros.

—No lo sé. El ordenador central no emite nada al mío.

Lang parpadeó varias veces. Aquella respuesta todavía ensombrecía aún más la situación.

CAPÍTULO IV

Lentamente, Lang dejó sobre la mesa las tarjetas. Se sentó pesadamente en la silla y se quedó mirándolas.

—No hay error, Yaneil —dijo al cabo, volviéndose ligeramente para mirar al alto vegano.

El piloto pertenecía a una raza introvertida, cuyos miembros aceptaban las situaciones con estoicismo. Empero, en aquella ocasión Lang creyó leer en su rostro una indicación de ira.

—Así, estas tarjetas nos han conducido hasta aquí, nada más.

—Exacto. No nos llevarán más lejos de este sistema.

Lang conectó la pequeña pantalla, de la cabina del ordenador. El segundo planeta surgió resplandeciente al sol amarillo. Estaban describiendo una órbita de doscientos mil kilómetros, estática.

—Podemos confeccionar otras tarjetas que nos saquen de aquí —sugirió Yaneil.

—Por supuesto, pero eso nos obliga a descender en ese planeta.

—No es un mal sitio, capitán. Es casi obligatorio tener que estar posados en un planeta para trazar una ruta.

—No será muy difícil. Sólo tenemos que confeccionar una que nos lleve hasta un sector situado a unos diez años luz de aquí. Una vez allí insertaremos las tarjetas que ya poseemos y que nos conducirán directamente a la Tierra.

—¿Cuánto tiempo nos llevará?

—Digamos que veinticuatro horas. De todas formas...

—Capitán...

—¿Sí?

—Le veo preocupado. Demasiado, tal vez.

—Tienes razón.

—¿Puedo saber por qué?

—Todo esto me hace sospechar que existe algo o alguien que pretende que descendamos sobre ese planeta.

—¿Para qué?

—Demonios, eso me gustaría saber. Pero las tarjetas que nos dio el Regente nos han conducido hasta aquí, sabiendo que tendríamos que descender en ese planeta sin remedio. ¿Por qué?

—Ese planeta está casi a medio camino entre Drole y Rucer. Es significativo, ¿no? Pero creo que los drolitas fueron sinceros cuando nos dijeron que no querían que tuviéramos complicaciones durante el viaje.

—Bueno, eso es posible que lo sepamos dentro de poco. Vamos a prepararlo todo para el descenso.

—¿Se le dirá algo al pasaje?

Lang se detuvo junto a la puerta. Dejó que Yaneil pasara por su lado y cerró la puerta con la llave magnética.

—Se comunicará que tenemos que hacer una escala técnica sin la menor importancia.

—¿Qué tal está el pasaje? —preguntó Lang a Cotten cuando entró en el puente.

Cotten se encogió de hombros.

—Algunos se han molestado, otros están un poco asuntados y los menos me preguntaron si les será permitido bajar a estirar las piernas.

—Permiso denegado —masculló Lang—. No quiero perder algún pasajero y demorar aún más la hora de reemprender la marcha.

—Sigues con el ceño fruncido, capitán —sonrió el vegano.

—Repasa estos datos y dime qué opinas —respondió Lang pasándole unas tablas llenas de signos.

—Vaya —exclamó el vegano después de verlas—. Esas dichosas tarjetas no sólo nos han traído hasta un planeta determinado, sino que por la situación de la órbita que nos impuso nos obligan a descender en un punto de ese continente que varía escasamente en un margen no

mayor de treinta kilómetros.

—Veo que lo has captado, muchacho —asintió Lang—. Cada vez estoy más seguro de que todo se trata de una maniobra de los drolitas. ¿Para qué nos han traído aquí?

—Este planeta se llama Istacia, capitán —informó Cotten—. He averiguado todo lo que he podido de él del archivo. No es mucho, pero es un lugar estupendo. Algún día contará con una colonia promovida por la Liga. El aire es respirable y todas las demás condiciones son óptimas. Sólo está poblado por una fauna no más peligrosa que la existente en este tipo de mundos.

—Eso no nos interesa —dijo Lang—. No vamos a descender bajo ningún concepto. Dentro de unas horas estarán listas las nuevas tarjetas y nos marcharemos cuanto antes. Si querían que nos quedásemos aquí, se van a llevar un chasco esos tipos.

—¿Qué tipos, capitán?

La voz surgió de la entrada del puente y los tres hombres se revolvieron de sus asientos. Allí estaba Thug Mesh, sonriendo placenteramente.

—¿Qué hace usted aquí? —le increpó Lang levantándose de un salto—. Está prohibido a los pasajeros entrar en el puente.

—Venía a solicitar permiso para bajar, capitán.

—Este hombre fue uno de los que más insistieron en querer pisar suelo firme, capitán —gruñó Cotten.

Lang se le puso delante, muy cerca, sosteniendo la mirada insolente de Tugh.

—Retírese. Nadie bajará al planeta.

—¿Cuánto tiempo estaremos posados, capitán, según sus cálculos?

Lang respiró ruidosamente.

—Unas veinte horas. Pero le repito que no se abrirán las esclusas.

—Istacia es un mundo interesante. Podría ser amable y dejar que demos un paseo. Muchos pasajeros insisten...

—¡Márchese de una vez! —gritó Lang.

Tugh le observó con altanería, caminó hasta el fondo del puente, volvió y luego se dirigió muy pausadamente hacia la salida. Allí, dijo:

—Recuerde que siempre intenté conversar con usted, capitán. Todo hubiera sido más fácil —se encogió de hombros y Salió sin decir nada más.

—Ese tipo me saca de quicio —barbotó Lang cuando Tugh se hubo marchado. Regresó al sillón y se pasó la mano por la frente.

—Estás cansado, Walt —dijo Yaneil—. Cotten y yo nos encargaremos de las tarjetas y te avisaremos cuando estén terminadas. ¿Por qué no descansas un rato?

—Vosotros lleváis tantas horas o más que yo aquí —protestó Lang.

—Bueno, cuando partamos te encargarás de la primera guardia.

Lang asintió.

—Iré a ver cómo sigue Don y me tumbaré un rato.

Tomó un camino que le evitaría tropezarse con los pasajeros. No quería responder a sus preguntas estúpidas y, mucho menos, dar explicaciones acerca de su negativa de permitir la bajada a tierra.

Sánchez le saludó al entrar en la enfermería.

—Don sigue igual. Pero está mucho mejor. Creo que recobrará el sentido dentro de poco.

—¿Cómo despertará?

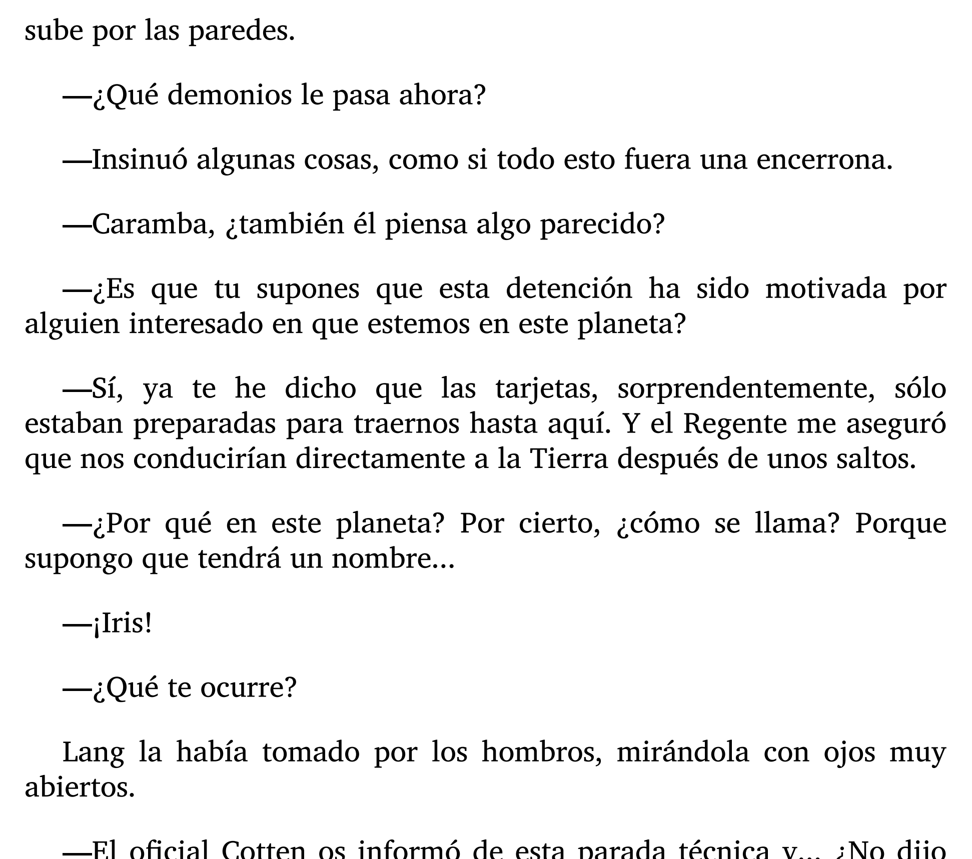
—¿Quieres decir si podrás interrogarle? Pues sí. Sólo estará un poco trastornado, pero dueño de sus facultades mentales por completo.

Pidió a Sánchez que le avisara tan pronto como Don se encontrase bien; que le llamase a su camarote, donde estaría por espacio de dos o tres horas.

Al llegar cerca de allí se encontró con Iris. La muchacha le besó y preguntó qué pasaba.

Lang jadeó. Estaba cansado, pero contestó lo mejor que pudo.

—Estuve hablando con Thomas Spencer —dijo Iris—. Está que se



sube por las paredes.

—¿Qué demonios le pasa ahora?

—Insinuó algunas cosas, como si todo esto fuera una encerrona.

—Caramba, ¿también él piensa algo parecido?

—¿Es que tu supones que esta detención ha sido motivada por alguien interesado en que estemos en este planeta?

—Sí, ya te he dicho que las tarjetas, sorprendentemente, sólo estaban preparadas para traernos hasta aquí. Y el Regente me aseguró que nos conducirían directamente a la Tierra después de unos saltos.

—¿Por qué en este planeta? Por cierto, ¿cómo se llama? Porque supongo que tendrá un nombre...

—¡Iris!

—¿Qué te ocurre?

Lang la había tomado por los hombros, mirándola con ojos muy abiertos.

—El oficial Cotten os informó de esta parada técnica y... ¿No dijo cómo se llama el planeta?

—No.

Lang asintió con vigor y se lanzó hacia el comunicador del pasillo más próximo. Pulsó el indicativo del puente y casi gritó:

—Cotten, necesito saber si tú dijiste al pasaje el nombre del planeta. Es importante. Recuérdalo.

—Capitán, el nombre del planeta lo averigüé después de comunicar tu mensaje al pasaje. ¿Cómo lo iba a decir?

Lang cerró los ojos, dejando descansar su cuerpo contra la pared del pasillo. Ahora empezaba a verlo claro.

—Cotten, usa el circuito de emergencia y avisa al servicio de seguridad. Quiero que localicen al pasajero Tugh Mesh y lo detengan.

—Capitán...

—Es una orden. Os lo explicaré más tarde.

Cerró la comunicación y dijo a Iris:

—Encanto, tengo que dejarte. Será mejor que te encierres en tu camarote y que sólo obedezcas a las instrucciones que se te comuniquen desde, el puente de mando.

La dejó estupefacta, sin darle tiempo a preguntarle nada. Echó a correr por el pasillo. En el siguiente nivel se cruzó con dos hombres de la tripulación. Iban armados con las porras eléctricas y pistolas protónicas graduables. Le saludaron y siguieron patrullando.

Lang irrumpió en la enfermería y su violenta entrada sorprendió a Sánchez.

—Doctor, quiero que hagas volver en sí cuanto antes a Don.

—¿Eh? ¿A qué viene tanta prisa ahora?

—¿Puedes lograrlo sin hacerle correr ningún riesgo?

—Bueno, puedo inyectarle algún estimulante. No será peligroso porque están volviendo a su actividad normal los signos vitales y…

El capitán le apremió con gestos y, malhumorado, Sánchez preparó un inyectable que con rápida habilidad le colocó a Don.

Mientras esperaba la reacción del segundo de a bordo, Lang aprovechó para llamar al puente y preguntar si habían encontrado a Mesh.

La respuesta fue negativa.

Sánchez ayudó a Don a ponerse en pie, pero se tambaleó y Lang tomó una silla, en donde le acomodaron.

Lentamente, Don abrió los ojos y miró desvaídamente a su capitán, quien le sonrió animándole.

—Muchacho, debes perdonarme si esto es penoso para ti, pero es preciso que me digas cuanto sepas de lo que te ha pasado desde que entraste en la cabina del ordenador.

Don se pasó las manos por la cara. Estaba bastante pálido y el doctor le puso delante un vaso con coñac. Después de beber un trago y toser, el oficial del «Gades» dijo roncamente:

—Por los infiernos, Walt. Parece que la cabeza me va a estallar. ¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado?

Lang se mordió los labios y, como pudo, relató a Don lo que había acontecido desde que descubrieron la variación en la ruta prevista. Junto a ellos, Sánchez tenía una versión directa de las sospechas del capitán y soltó unas imprecaciones.

—¿Qué pasó, muchacho? —le preguntó Lang cada vez más impaciente.

—Aún no recuerdo bien. Entré en la cabina y empecé a revisar las tarjetas. Estaba casi terminando y estaban correctas...

—¿Cómo puede ser eso? ¿No me has oído decir que nos dejó a la altura de este sistema solar y hemos tenido que descender en Istacia?

—Un poco de calma; no me atosigues. Las tarjetas estaban correctas. Estoy seguro de ello, Walt. ¿Acaso me he equivocado alguna vez?

—Está bien. ¿Qué más?

—Entonces alguien entró en la cabina y yo protesté por ello. Bueno, no me mires así. Sé que tenía que cerrar por dentro. ¡Dichoso reglamento! Pero no lo hice tampoco y aquel tipo me preguntó una tontería referente ál ordenador. Como era un pasajero quise ser amable y le di la espalda. Entonces noté que me rociaban con algún líquido que me hizo perder el conocimiento. Eso es todo.

Lang se incorporó, respirando ruidosamente.

—¿Cómo era ese pasajero?

A Don le costó trabajó detallar las características, pero para Lang fueron suficientes para identificarlo con Tugh Mesh.

—Mesh me responderá a muchas preguntas o se acordará de mí. Sánchez, busca entre tus potingues. Necesitaré unos milímetros de droga de la. verdad. Y si no tienes nada que sirva usaré los puños para sacarle la verdad a Mesh.

—Capitán, eso es ilegal a bordo...

—No me hagas reír. También es ilegal llevar licores y sé que estás bien provisto. Ocúpate de Don, que se termine de recuperar. Cuando

pesquemos a Mesh, quiero que lo identifique.

—¿Qué supones que ha hecho Mesh?

—Sencillamente, cambiar las tarjetas que me entregó el Regente por las que nos han traído aquí. Y no me preguntes por qué. Soy el primer interesado en conocer la respuesta.

El zumbador del comunicador de la enfermería sonó y Lang se colocó delante del visor. En la pequeña pantalla apareció el rostro contraído de uno de los hombres de seguridad. Detrás suyo, un humo espeso parecía flotar.

—Capitán —gritó el hombre—, venga inmediatamente.

El hombre fue apartado violentamente y Yaneil se tuvo que agachar un poco para que su rostro fuese transmitido al capitán.

—Walt, el puente de mando ha saltado.

—¿Qué quiere decir que ha saltado?

—Así, como lo oyes. Ese tal Mesh, cuando entró, debió dejar caer una bomba diminuta, térmica. Ha estallado y derretido todo el panel donde están situados los contactos con el ordenador central.

Lang deglutió con dificultad, como si tuviese un puñado de espinas en la garganta.

—¿Cómo está Cotten?

—Unas quemaduras en el brazo derecho. Ahora lo están llevando a la enfermería. Además...

—Maldito Mesh. ¿Es que aún no han podido atraparle?

—Eso quería decirte. Mesh está armado con un aturdidor. Bajó hasta la esclusa de la bodega y ha obligado a los mecánicos a que descendieran un aerocoche, el cual cargó con unos bultos consignados a él y embarcados en Drole.

—¿Cómo habéis permitido que eso suceda? ¿Dónde estaban los hombres de seguridad?

—En su puesto, Walt —respondió el vegano—. Encontraron a Mesh, pero no se atrevieron a detenerle. Ahora en estos momentos corre en el aerocoche en dirección oeste, alejándose de la nave.

—Pero... ¿Por qué no lo detuvieron?

—Llevaba un rehén. A Iris, precisamente.

CAPÍTULO V

El hombre que había estado trabajando con la grúa, hizo una señal de que todo estaba correcto y abandonó los mandos.

Junto a la compuerta, Lang terminaba de ajustarse el cinturón del que pendía la pistola protónica a la derecha y el aturdidor a la izquierda. Debajo de éste, sobre el muslo, colocó el cuchillo dentro de la funda. Luego, se acercó hasta el tripulante que miraba hacia el horizonte con los potentes binoculares, se los pidió y observó a través de ellos.

Aún podía ver el aerocoche robado por Tugh Mesh. Apenas volaba a unos dos metros del suelo, posiblemente debido a la enorme carga que llevaba. Los hombres le habían dicho que las cajas pesaban bastante. De todas formas se alejaba rápidamente de la nave. Aunque había perdido un tiempo precioso en orientarse, Mesh estaba ya a más de diez kilómetros. El aerocoche no estaba desarrollando más de cuarenta kilómetros por hora.

Devolvió los binoculares y miró hacia abajo. Sobre la superficie chamuscada de la planicie donde habían aterrizado, estaba el aerocoche que el hombre de la grúa acababa de bajar, al lado del tubo por el cual debía descender.

Lang se volvió al hombre que esperaba sus órdenes. También estaba armado como él y sería el encargado de guiar el aerocoche con el cual tenía proyectado ir tras el de Mesh.

Le hizo una indicación y el tripulante, llamado Archer, se introdujo en el tubo. En seguida le vio aparecer al lado del aerocoche, entrando en la pequeña cabina transparente.

En aquel momento escuchó pasos y Lang se volvió. En la bodega habían entrado el Delegado Spencer y Yaneil. El último explicó:

—Cotten está bien. Ha insistido en volver al puente. Con los demás hombres está intentando reparar el panel averiado. No es tan grave como pensábamos al principio. Creo que será fácilmente reparado.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos o tres días. Depende. Cuando se haga un balance exacto de

los daños se sabrá exactamente.

Lang señaló al Delegado.

—¿Qué hace usted aquí? —Miró a Yaneil—. ¿No le has dicho que está prohibido bajar a la bodega?

—Claro que sí. También le dije que todo cuanto está pasando no debe llegar al pasaje. Oficialmente no sucede nada anormal.

Spencer se adelantó y dijo a Lang:

—-Capitán, lamento tener que recordarle mi condición de Delegado de la Liga y ciudadano de la Tierra, con amplios poderes otorgados...

—Yo soy el capitán, jefe absoluto de la nave.

—Lo sé. Pero eso es mientras estemos en el espacio y usted se halle cumpliendo órdenes recibidas. En cambio ahora estamos posados en Istacia, un planeta del sistema planetario RT-S 789, propiedad de la Liga.

Y precisamente usted va a ejercer una acción policial contra un miembro del pasaje, súbdito de la Liga. Por lo tanto, pongo en su conocimiento que he de ser informado de todo cuanto se haga.

Lang enrojeció y consultó a Yaneil con la mirada. El vegano interpretó lo que su jefe quería preguntarle y se apresuró en responder:

—No es éste el caso, Walt. Mesh se delató al decirnos cuál era el nombre del planeta sin que nosotros lo hubiéramos señalado. En el caso del Delegado Spencer es distinto.

Spencer sonrió ligeramente.

—Está usted viendo sospechosos por todas partes, capitán. El oficial Yaneil ha comprendido que la ley está de mi parte y me ha contado por el camino que Mesh está acusado de ser el causante del sabotaje. La situación es grave y...

—Lo sé. Me está haciendo perder el tiempo, Delegado. Tengo abajo un aerococoche con el cual pienso dar alcance a Mesh. Y cada segundo que pasa está más lejos de la nave.

—Entonces lléveme con usted. No quiero tener que llegar a ordenárselo. Puede mirar el código de la Liga si es que no le importa ir

a su camarote. Así sabrá que no puede negarse a mi petición.

—¡Es imposible! Con tres personas el aerocoche no podrá alcanzar nunca a Mesh.

—Iremos usted y yo solos.

Lang miró hacia el exterior, en dirección al lugar donde había visto por los binoculares que el aerocoche de Mesh huía. Agarró violentamente a Spencer por el brazo y casi lo metió dentro del tubo de un empujón.

Antes de seguirle, giró la cabeza y dijo a Yaneil:

—Aún queda otro aerocoche. Bájalo y sígueme tan pronto puedas con Archer. Estaremos en contacto por radio.

Y se dejó caer por el vacío del tubo, hasta abajo, a unos veinte metros de la esclusa.

* * *

—Walt —dijo Yaneil por el comunicador.

Lang había estado conduciendo el aerocoche, pero al sonar la voz del vegano por tercera vez desde que se alejaron de la nave, cedió los mandos al Delegado.

—Dime, Yaneil.

—He localizado el aerocoche de Mesh. Está rebasando ahora la posición D3, H9, U4. Lo tienes exactamente a unos treinta kilómetros. Su velocidad es de cuarenta y tres kilómetros a la hora. La tuya es de ochenta. Puedes alcanzarlo en unos minutos.

Lang asintió. Spencer le había hecho perder demasiado tiempo en la bodega y sólo por el localizador de la nave pudo ser descubierto el aerocoche de Mesh. Yaneil había hecho un buen trabajo. Afortunadamente siguieron la dirección hacia el este desde que partieron. Mesh e Iris estaban exactamente delante de ellos.

Recobró los mandos y miró hacia delante, alternando su observación con ojeadas al luminoso indicador, donde el puntito rojo

del aerocoche perseguido se movía lentamente.

—Mesh parece ir a un lugar determinado, capitán —dijo Spencer—. ¿No le dice nada esto?

Lang fue a responderle, pero una nueva llamada de Yaneil le hizo callar. Le dijo que había cedido a Cotten la misión de continuar rastreando el aerocoche de Mesh.

—El tercer aerocoche está ya en la superficie. Te seguiremos Archer y yo —añadió Yaneil.

—Perfecto —dijo Lang—. De todas formas no te acerques demasiado a mí. Recuerda que Mesh tiene a Iris. Dejaremos que se detenga. Aunque mostró un aturdidor puede tener otras armas.

Yaneil respondió afirmativamente y entonces Lang respondió a Spencer:

—Sí, Delegado. Estoy de acuerdo con usted. Todo parece indicar que Mesh tiene firmes motivos para ir a un determinado lugar de este planeta.

—Cometió un grave error, ese Mesh.

—¿Cuál?

—Al huir debió suponer que sería seguido en los otros aerocoches que estaban en la bodega ¿Por qué no los inutilizó?

—Tal vez pensó que con Iris no nos atreveríamos.

—A un hombre que comete el grave delito de sabotear una nave comercial, poniendo en peligro la seguridad de tripulación y pasajeros, no creo que una cosa tan importante se le pase por alto. ¿Sabe cuál podrá ser la condena que caiga sobre Mesh?

Lang sonrió ásperamente.

—Ya le considera culpable, Delegado.

—¿Es que no lo es?

—Aún tenemos que escucharle.

—No diga tonterías. ¿Qué más pruebas quiere?

—Por ejemplo, encontrar las tarjetas originales, las que Mesh debió cambiar por otras que él llevaba.

—Las habrá destruido.

—No sé. En varias ocasiones quiso hablarme en privado. Me pregunto ahora qué me quería decir.

—Cuando atrapemos a Mesh, quedará bajo mi jurisdicción, capitán. Yo me encargaré de entregarle a la justicia terrestre.

—Primero tenemos que atraparle. Y será a mi manera. No olvide que una mujer está con él.

Por el rabillo del ojo, Lang vio que Spencer esbozaba una sonrisa enigmática. Se olvidó de él y retornó toda su atención al paisaje que tenía delante.

Istacia, al menos aquella región, poseía una configuración muy similar a la terrestre. Volaban a unos cinco o seis metros de altura, sobre las copas de unos pequeños árboles de verde oscuro.

El período de luz solar en el planeta era de unas catorce horas. Ahora estaban en pleno mediodía y el sol esparcía una temperatura de veinticuatro grados sobre ellos. A pesar de las circunstancias, Lang pensó que aquel mundo sería un buen lugar para una futura colonización.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Spencer comentó:

—Tanto Drole como Rucer quisieron hacer valer sus derechos sobre Istacia. Pero la Liga se opuso terminantemente. Según he leído, dentro de veinte años se abrirá a la colonización. Excedentes de población del Sector Sirio vendrán aquí. Hasta entonces, está terminante prohibido aterrizar aquí —rió el Delegado, y añadió—: Por supuesto, tal restricción no sirve para casos de emergencia, como el nuestro, capitán.

—Aún no me ha dicho la pena que puede recaer sobre Mesh, Delegado.

Spencer arrugó el ceño.

—En este tipo de delito, no valen las leyes terrestres, capitán. Ya sabe que en la Tierra la pena de muerte está en suspenso. Mesh acabará en la cámara de desintegración.

Las leyes de la Liga eran duras, pensó Lang. Pero si Mesh era culpable, su delito era enorme. Había puesto en peligro a muchas personas. Tenía que estar loco, aunque las veces que cambió algunas frases con él, no le descubrió ningún síntoma que así se lo hiciera pensar.

Lang hizo descender delante de sus ojos el visor telescópico, y oteó el horizonte. Creyó ver un puntito diminuto brillar al sol, y aumentó la potencia. Con cierta dificultad, descubrió el aerocoche de Mesh. Cuando estuvo seguro, llamó a Yaneil:

—Tengo bajo visión directa el coche de Mesh, Yaneil. Si puedes alcanzarme, sitúate a unos cien metros a mi derecha. Así cubriremos un arco para impedir que Mesh huya. Tiene que descender pronto. No dispone de excesivo radio de acción.

—Walt, recuerda que la órbita en que nos situó el trazado de las tarjetas falsas nos obligaba a posarnos en estos contornos. Tal vez nos desviamos unos kilómetros, pero si Mesh quería ir a algún lugar determinado, éste no podrá estar ya muy lejos.

—Estoy de acuerdo contigo, amigo. ¿Sabes algo de Don?

—Sánchez me informó, antes de subir al aerocoche, que en unas horas estará perfectamente. De hecho, ya lo está, pero quiere que repose un poco. Don insistía en ponerse a trabajar.

—Yaneil, recuerda que debemos actuar con prudencia. Nos detendremos a bastante distancia de Mesh. No debe saber que le seguimos. Nos acercaremos con sigilo, y sólo intervendremos cuando estemos seguros de que Iris no correrá peligro.

Se escuchó la risa seca del vegano, que añadió:

—No te preocupes. Cuidaremos de ella.

Lang sonrió, y cortó la comunicación.

La distancia que les separaba del aerocoche de Mesh se había reducido sustancialmente, y Lang redujo la velocidad de su vehículo. De no hacerlo así, corrían el peligro de que Mesh les descubriese.

Lang tensó sus músculos cuando, a través del telescopio, vio que Mesh estaba desviándose ligeramente hacia la izquierda, perdiendo la poca altura que hasta entonces había estado sosteniendo, y quedando oculto entre los árboles y arbustos.

—Yaneil: Mesh ha descendido —dijo Lang, después de establecer comunicación con el vegano. Le dio la posición, y luego los datos de las coordenadas donde debía pararse—. Nos encontraremos a medio camino, andando. Archer se quedará a vigilar el aerocoche.

—¿Abandonarás el tuyo? —inquirió Yaneil.

Lang se volvió ligeramente para mirar a Spencer, y respondió:

—No. El Delegado me esperará.

—Es absurdo, capitán. Yo debo estar presente cuando Mesh sea detenido.

—Conozco a Yaneil, y casi puedo predecir sus reacciones. ¿Me entiende? El y yo formaremos una buena pareja.

—No se fía de mí.

—Piense lo que quiera. Sus derechos no le permiten participar en esta acción. Ahora, la responsabilidad es mía.

Lang condujo su vehículo a ras de los árboles. Encontró un claro, y descendió sobre él. Antes dé salir de la cabina, calculó la posición donde se encontraban, y la teórica, donde podían estar Mesh e Iris.

Mientras lo hacía, varias ideas acudieron a su mente. Todo aquello resultaba muy extraño. Mesh debía saber que lo que estaba haciendo podía llevarle a la cámara de desintegración. ¿Qué tenía que realizar en aquel mundo deshabitado?

Recordó que cuando ellos no aparecieran en el espacio normal, después del segundo salto que teóricamente debían estar efectuando en aquellos momentos, las estaciones de seguimiento de Drole comprenderían que algo no marchaba correctamente. Incluso, tal vez, desde el primer fallido salto, los drolitas ya sospechaban algo. Y aquello podía significar que estuvieran poniéndose en marcha.

Los drolitas disponían de naves de combate en las inmediaciones, ya que Rucer estaba cerca, y ellos aguardaban el momento de iniciar la guerra. De todas formas, ninguna nave podría llegar allí, antes de dos días.

Y Lang confiaba que, para entonces, ellos ya estuvieran de nuevo en ruta, siguiendo el nuevo trazado que Cotten debería estar terminando. Las averías del coordinador del puente con el ordenador

central no eran tan graves como temieron en un principio, y podían estar totalmente reparadas, antes de concluir aquel día en Istacia.

Mesh no sólo había hecho desviar la nave, obligándola a descender en Istacia, sino que usó una pequeña bomba térmica para provocar unas averías que demorasen aún más la partida. ¿Quería, con ello, asegurarse de que le esperarían? Si pensó tal cosa, era un estúpido. ¿Por qué se llevó a Iris como rehén? ¿Por qué, precisamente, a ella? ¿Acaso había averiguado la atracción que había despertado en Lang?

El capitán agitó la cabeza para alejar de su mente aquellas interrogantes que, por el momento, sólo podrían darle dolor de cabeza. Ahora sólo debía pensaren Iris, en salvarla, sin arriesgar para nada su seguridad. Se sintió enfurecido. Mesh le importaba muy poco, cuando descendió del aerocoche. Spencer también bajó, aunque se quedó con la espalda apoyada en el fuselaje del plateado vehículo.

Lang le entregó su aturdidor. Sabía muy poco de Istacia, y la existencia de animales feroces no resultaba descartable.

—Tenga. Esta pistola es suficiente para derrumbar un dinosaurio. Pero si ve peligro, refúgiese dentro del aerocoche, sin ponerse nervioso.

Spencer aceptó el aturdidor, y lo sopesó.

—¿Sabe usarlo?

—Desde luego. No se preocupe por mí, capitán. Suerte. No arriesgue su vida. Tugh Mesh es un asesino en potencia.

Lang gruñó, y le volvió la espalda, echando a correr y salvando los pocos metros que le separaban del final del bosque. Allí se detuvo unos segundos. Más o menos, era el lugar donde debía encontrarse con Yaneil.

Avanzó unos metros más. El terreno se hacía abrupto, rocoso. A la derecha, discurría un caudaloso río. Escuchó ruidos a su espalda, y se volvió.

—¿Yaneil? —preguntó, en un susurro.

Unos matorrales se movieron, y un hombre surgió de ellos.

Era Mesh.

CAPÍTULO VI

Le apuntaba con una pistola que Lang, a pesar de la distancia, supo que no se trataba de un simple aturdidor, sino de una protónica, de gran calibre. Su negra boca se dirigía hacia su pecho. Detrás, Mesh sonreía levemente, como si estuviera pidiéndole disculpas.

—Era obvio que me seguiría, capitán. Incluso aposté conmigo que usted no permitiría que ninguno de sus hombres corriera el riesgo.

Lang tenía sus armas enfundadas. Dejó caer los brazos desmadejadamente. Era una locura intentar sacar alguna de las dos pistolas. Mesh sólo tenía que disparar el gatillo para volarle en mil pedazos.

—Al parecer, me estaba esperando —dijo.

—Por supuesto. Le descubrí hace apenas unos minutos, pero estaba seguro de que había salido de la nave con el propósito de darme alcance.

—¿Sería estúpido preguntarle qué intenta hacer?

—No. Por el contrario, encuentro muy normal su curiosidad, capitán. Pero, por el momento, no se lo diré. Ha perdido la oportunidad de saberlo. En la nave quise, en más de una ocasión, ponerle al corriente. Pero siempre estaba muy ocupado.

—Ahora puedo escucharle —sonrió Lang. Quería ganar tiempo. Yaneil podía aparecer de un momento a otro, y sorprender a Mesh por la espalda.

—No confíe en recibir ayuda, capitán. Estaba esperando que usted aterrizara. Apenas se alejó de su aerocoche, me acerqué y aturdí al Delegado con esta otra arma —se palpó la sobaquera—. Estará un buen rato inconsciente. Pero usé el arma protónica para convertir el motor de su vehículo en una masa fundida.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Entrégueme sus armas, capitán. Quiero que venga conmigo.

—Está loco, Mesh.

—De ninguna manera. Un loco no tendría capacidad para hacer lo que yo estoy haciendo, ¿no le parece?

Mesh levantó su pistola, y Lang se desabrochó el cinturón de donde pendían las dos armas, dejándolo caer al suelo.

—¡Retírese unos pasos —pidió Mesh.

Luego se acercó al sitio que había ocupado Lang, y recogió el cinturón, añadiendo:

—Así está mejor. Ahora, vamos a donde tengo el aerocoche.

—Si le ha ocurrido algo a Iris, le juro que se arrepentirá, Mesh.

—«Ella está sana y salva. La vi cuando todo el mundo me estaba buscando en la nave, y la obligué a que me siguiera. Entonces estalló el pequeño artefacto que coloqué en el puente. Con el tumulto, me resultó muy fácil tomar el aerocoche y escapar.

—¿Por qué puso el dispositivo térmico?

—Aprecio mi piel, capitán. Usted sólo tardaría unas horas en tener nuevas tarjetas para reanudar el vuelo, y no hubiera dudado en dejarme aquí. Con las averías en el puente, necesitará al menos veinticuatro horas. ¿No adivina que pretendo regresar con ustedes?

Aquella revelación hizo que Lang se detuviese. Sintió el frío contacto de la pistola de Mesh en su espalda, pero preguntó:

—¿Quiere decir que terminará rindiéndose?

—Si no hay otra alternativa, sí. Pero eso será cuando termine cierto trabajo, aquí.

—¿Qué trabajo puede hacer en un planeta deshabitado?

De vez en cuando, Mesh le iba indicando a Lang el camino que debía seguir. El terreno descendía hacia una hondonada. Abajo, estaba el aerocoche. Pero Lang no vio a Iris.

—Lo sabrá pronto, capitán. Usted me acompañará. El lugar no está muy lejos, Prepárese a recibir una de las mayores sorpresas de su vida. Luego, dejaré que tome la decisión que desee, respecto a mí. Pero, mientras tanto, no consentiré que usted intente impedir nada. Para evitarlo, estoy dispuesto a matarle.

—Sigo pensando que está loco, Mesh. ¿No se ha dado cuenta de que está arriesgando las vidas de los pasajeros y tripulantes, con sus absurdas maniobras? Incluso inyectó un virus a Don, y provocó una explosión, que hirió a Cotten.

—Soy el primero en lamentarlo, capitán. En cuanto a Don, nunca corrió peligro alguno. No disponía de otra forma para mantenerle inconsciente, por varias horas. Y lo que le ocurrió a Cotten fue un riesgo. Por supuesto que todo esto es arriesgado. Pero merece la pena. Sólo son unas sesenta vidas.

—¿Sólo? Es usted un asqueroso y…

—No me gusta que me insulten, capitán. Vamos, dese prisa.

—¿Dónde está Iris? No la veo.

—Ella está bien. Con tanto peso, iremos un poco lentos, pero no está muy lejos el lugar adonde quiero llegar.

Una bandada de pájaros de multicolores plumas voló sobre ellos. Lang levantó un poco la cabeza. Parecía que algo los había espantado. De pronto, el suelo-retumbó. Se volvió, y miró hacia el lugar que habían dejado atrás.

Era algo más grande que un elefante y con la apariencia de un rinoceronte, pero con una boca enorme y varios cuernos sobre su ancha nariz, que bufaba como un toro, mientras trotaba hacia ellos.

Mesh necesitó más tiempo que Lang para reaccionar, y éste le empujó con todas sus fuerzas. Luego saltó hacia el lado contrario. La bestia pasó entre ellos, incapaz de parar su ciega carrera. Varios metros más allá, se detuvo en medio de una nube de polvo, lanzó un estridente bufido, y se revolvió trabajosamente.

Lang vio que Mesh hincaba una rodilla en tierra y aprestaba su arma protónica, sujetándola con las dos manos. Cuando la bestia emprendió la nueva embestida, disparó.

El denso trazo de luz hendió sobre el hocico, y estalló una bola de fuego. El monstruo se alzó sobre sus gruesas y cortas patas traseras. Sin un gemido, se derrumbó sobre la acorazada espalda. Toda la cabeza era un amasijo de carne, sesos y dientes, mezclados con los cuernos.

Pero Lang no se había detenido más de un segundo en contemplar

la carnicería. De un salto, cayó sobre Mesh, haciéndole soltar la pistola. Le golpeó varias veces, hasta que su contrincante, arrodillándose, le conectó un poderoso golpe en el vientre.

Lang retrocedió unos pasos, llevándose las manos al lugar golpeado, pero cuando Mesh se le acercó de nuevo, levantó los brazos, detuvo los directos, y propinó un gancho en la mandíbula de éste.

Mesh cayó cerca de donde estaba la pistola, y Lang saltó sobre su adversario. Aún cegado por el dolor, Lang le lanzó un puntapié en el costado, impidiéndole estirar el brazo lo suficiente para hacerse con el arma protónica. Entonces se agachó y la tomó.

Jadeante, sin dejar de vigilar a Mesh, Lang se acercó hasta él, y le ayudó a incorporarse. Le tomó el aturdidor y lo puso en el bolsillo interior de su uniforme.

—Lo siento, Mesh; se acabó el juego. Ahora me dirá dónde está Iris, y regresaremos a la nave.

Desde el suelo, con el rostro contraído por la desesperación de verse derrotado, Mesh miró a su vencedor.

—No debe hacer eso, capitán. Ahora, todo lo tengo muy cerca. Debe escucharme.

Lang negó con la cabeza.

—No. Antes sí quise saberlo, pero ahora todo me es indiferente. Pagará por lo que ha hecho. ¿Sabe que le defendí ante el Delegado? Fui tonto. Si de mí dependiera, ahora mismo le saltaba los sesos de un disparo, y le dejaba al lado de esa bestia. ¿Olvida que ha reconocido haber saboteado mi nave y agredido a mis hombres?

—Todo puede explicarse. Existen justificaciones…

—No, para usted. —Tomó el aturdidor, y bajó la pistola protónica —. Si me sigue molestando, le dejaré inconsciente, Mesh. Y creo que sería lo más sensato.

Lang escuchó pasos sobre la tierra, y se volvió ligeramente, lo suficiente para ver la sombra de Iris, que se acercaba. Sintió que le saltaba el corazón de alegría, y dijo, sin dejar de vigilar a Mesh:

—Iris…

Su frase murió, tras pronunciar el nombre de la mujer. Ahora la veía a su lado, a unos tres metros de distancia, seria y dirigiendo hacia él su propia pistola protónica. Iris la debió de haber tomado del cinturón que Mesh dejó escapar, cuando fueron atacados por el monstruo.

—Cariño, ¿qué haces?

—Lo siento, Walt —dijo Iris—. Sé que no entrarás en razones. Por favor, suelta las armas.

La mente de Lang era un caos. La pistola resbaló entre sus dedos. Y sólo cuando estuvo en poder de Mesh, pensó que Iris no hubiera sido capaz de disparar. ¿O sí? Pero ya no podría saberlo. Mesh estaba al lado de Iris, todavía jadeante, pero con la sonrisa de nuevo en sus delgados labios.

—Entre en el aerocoche, capitán —dijo roncamente Mesh, empujándole.

Como un autómata, Lang le obedeció. Pasó junto a Iris, y la miró a los ojos. La muchacha se limitó a entornarlos y morderse los labios.

Yaneil descubrió el aerocoche de Lang en el preciso instante que, desde el este, se elevaba una negra nube. El vegano sabía que se trataba de una pistola protónica. Pero el aspecto del vehículo le impidió correr hacia allí. Veía una verdadera ruina. Todo el sector del motor estaba fundido, aún humeante. Dentro de la cabina yacía, sin sentido, el Delegado.

Cuando sacó a Spencer, supo que éste había sido castigado con una descarga, no muy intensa, de aturdidor. Pero el aerocoche había sido inutilizado para siempre, con una pistola protónica.

Se había cansado de buscar a Lang. Recorrió, durante varios minutos, el lugar elegido para encontrarse, y pensó que no debía alejarse más, por lo que anduvo en dirección hacia donde sabía que encontraría el aerocoche. Y allí tropezó con algo que no esperaba.

Sacó de su cinto una cápsula, la rompió y vertió su contenido dentro de la boca de Spencer. Aquella droga le haría volver en sí, antes de que cesase la acción del aturdidor.

De todas formas, iba a tardar más tiempo del que le hubiera gustado en saber, por labios de Spencer, lo que había pasado allí. En aquel momento, escuchó el zumbido del comunicador, procedente del

interior de la cabina. Pensó que quien había puesto fuera de combate a Spencer, no había querido dejarle indefenso en el exterior. Tal vez sabía qué, tarde o temprano, alguien llegaría hasta allí. Por supuesto, se dijo Yaneil, aquella persona no podía ser otra que Mesh.

Tomó el comunicador, y encendió la pantalla. El rostro nervioso de Archer apareció. Buscó la visión de Yaneil, y, aunque torció un poco el gesto al verle allí, dijo rápidamente:

—Don Clinf me acaba de llamar, Yaneil. ¿Dónde está el capitán?

—Eso me gustaría saber. Acabo de llegar. ¿Qué sucede?

—Me están llamando del «Gades». Han detectado, hace unos minutos, una nave. Te paso la comunicación directa de Clinf.

La imagen de Archer dejó paso a la de Don Clinf. Todavía con huellas en su rostro, Don dijo excitadamente:

—Sé que Walt no está ahí, Yaneil, pero es urgente tomar una decisión. Una nave, una enorme nave, se dirige hacia nosotros. Es de guerra, y avanza en posición de combate. Hemos contabilizado tres tubos lanzadores de láseres, dispuestos a hacer fuego.

Yaneil tragó saliva.

—Demonios, Don, lánzales un mensaje de identificación. Quienquiera que sea, debe saber que somos una nave comercial en dificultades.

—¿Qué crees que estamos haciendo, sin cesar? Dentro de veinte minutos, estará en la distancia adecuada para dispararnos. Sabemos que lo harán, Yaneil. Nos oyen, pero no quieren contestar.

—No puede ser una nave de la Liga, furiosa porque hemos descendido en un planeta cerrado —dijo Yaneil, trémulo.

—Claro que no es de la Liga. ¡Es una nave de guerra, de Drole!

—¿Estás seguro?

—Las conozco bien. Es un crucero.

—Don, tienes que salir de ahí cuanto antes. ¿Puedes hacerlo?

—Claro que sí. Lo he pensado. Podemos maniobrar manualmente, olvidándonos de las tarjetas y del ordenador central. Podemos tomar

una órbita cerrada, que nos mantenga fuera del tiro directo de ese crucero, por algún tiempo, pero terminarán dándonos alcance.

—Ganaremos tiempo.

—Pero ¿y vosotros?

—Olvídate de nosotros. Walt te hubiera ordenado algo semejante. Don...

—Dime, Yaneil.

—Cuando ese crucero drolita esté a punto de teneros a tiro, no dudes en lanzarte al espacio, a toda potencia. Incluso entra en el hiperespacio, al alcanzar la velocidad adecuada. Puedes encontrar otro punto más tranquilo, desde donde terminar de reparar el contacto con el ordenador central.

—¡Yaneil! Eso significaría dejaros ahí por mucho tiempo, meses, incluso.

—¿Crees que no lo sé? ¿Cuándo piensas partir? Estás perdiendo un tiempo precioso.

Don agitó la cabeza, y asintió.

—Está bien. Eso haremos, pero, de todas formas, procuraremos no alejamos demasiado. Podemos volver por vosotros.

—Olvídate de eso y ¡muévete!

La imagen se borró, y Yaneil cerró con desesperación el contacto. Se volvió hacia Spencer, quien empezaba a dar señales de recuperación.

Se sentó a su lado, esperando. Más tarde, llamaría a Archer, que también había sido condenado a quedarse en Istacia, para que se reuniera con él.

Cerró los ojos, y levantó la cabeza hacia el sol, sintiendo su reconfortante calor. La situación era desesperante. Había perdido la pista de Mesh, y no podía saber dónde estaba Lang. Eran tres hombres y un solo aerocoche, que, sobrecargado, poco efectivo resultaba.

Maldijo a Mesh. Le hubiera gustado tenerlo delante. Después de decirle que estaban perdidos en aquel planeta le...

Se encogió de hombros. Abrió los ojos. A su lado, Spencer se frotaba la cara. No pudo reprimir una sonrisa. Seguramente, tendría un terrible dolor de cabeza, pero estaría en condiciones de explicarle lo que había pasado.

CAPÍTULO VII

Cotten observaba a Don Clinf pilotar la nave. Reconoció que era un experto. Consiguió despegar en un tiempo increíblemente corto, logrando una órbita instantes antes de estar a tiro del navío drolita que se acercaba. Ahora, siempre que mantuvieran la misma distancia, estaría fuera del alcance de los láseres del crucero de Drole. Su órbita era cerrada, y la curvatura del planeta siempre se interpondría entre ellos.

—¿Qué tal el pasaje? —preguntó Don, escrutando el gráfico donde estaba reflejada la posición de la nave drolita.

—Mejor de lo que temía. Sánchez ha tenido que dar unos calmantes a algunas pasajeras; pero todo el mundo está en sus respectivos camarotes. AI menos, no nos molestarán. Ahora, dime qué opinas de todo esto.

—Por el momento, estamos a salvo. La nave drolita no podrá tenernos al alcance de sus láseres. Y no parecen tener intención de forzar la velocidad. Tal vez han llegado a la conclusión de que para tenernos a tiro tendrían que elevarse, y entonces nosotros lo sabríamos, y sólo tendríamos que acelerar, desde cualquier punto de nuestra órbita, y distanciarnos aún más de ellos.

—Existe el peligro de que aparezca otra nave.

—Es posible, pero no lo creo. Esa nave drolita debía estar cerca de Istacia. No me cabe otra explicación.

—¿Qué podía estar buscando aquí? Es ilegal su presencia en un planeta reservado por la Liga.

Don se encogió de hombros.

—Existen muchas cosas extrañas, en todo esto. Me figuro que ellos han sido los primeros sorprendidos, al vernos aquí. Pero reaccionaron rápidamente, y se dirigieron hacia nosotros, dispuestos a destrozarnos. Saben que no podemos entrar en contacto con ningún planeta de la Liga. Este es un lugar ideal para hacer desaparecer una nave, sin dejar rastro.

—Pero no podemos estar indefinidamente dando vueltas sobre

Istacia —masculló Cotten—. Debemos descender, recoger al capitán y los demás, y regresar. Ya tenemos las tarjetas, y la conexión con el ordenador central estará reparada dentro de poco tiempo —añadió, indicando a los técnicos que trabajaban en el panel afectado por la explosión térmica.

—Cada dos horas, pasaremos por la vertical del sitio donde dejamos al capitán. Cuando nos acerquemos a ese punto, volveremos a intentar comunicarnos con Yaneil. Es más, confío que en la próxima pasada, la nave que nos sigue deje de hacerlo.

—No te entiendo...

—Está claro. La nave drolita iba directamente a esa región. De otra forma, no puedo explicarme que en un planeta tan grande pudiera localizarnos, apenas surgió del hiperespacio. No olvides que la detectarnos apenas entró en el espacio normal, a doscientos mil kilómetros de Istacia. Repito que se dirigía directamente hacia aquí.

Cotten suspiró.

—Ójala no te equivoques.

* * *

Lang tenía la mirada fija en los cabellos de Iris, que conducía el aerocoche a escasa altura del suelo, siempre bajando la pronunciada ladera que llevaba al fondo del profundo cañón, de roca azul y gris. A su lado, Mesh le vigilaba, apuntándole con la pistola aturdidora.

Acababan de escuchar la conversación sostenida entre Yaneil y la nave «Gades», instantes antes de que ésta despegara del planeta.

—Ha sido muy astuto, capitán. La verdad es que no pensé que un segundo aerocoche me estuviera siguiendo.

—Mesh, usted no está nada sorprendido, ante la presencia de esa nave drolita —dijo Lang.

—Desde luego que no. Digamos tan sólo que no tenía previsto que llegara tan pronto. Pero me alegro de haberlo averiguado. Ahora sé que no debo perder un minuto.

—¿Para qué? ¿Qué se proponen ustedes dos? Porque debo considerar que ambos están involucrados.

—En cierta manera, sí —Mesh soltó una carcajada—. Pero no se asuste. Nuestras relaciones, las mías con Iris, son meramente profesionales.

—Eso me tiene sin cuidado —gruñó Lang.

—Bien. Por el momento, estamos tranquilos. Yaneil no podrá seguirnos en el aerocoche que les queda. No podrá saber dónde estamos porque viajamos por una zona altamente magnética. Aquí, los delicados instrumentos de seguimiento fallan totalmente. ¿No le agrada el paisaje, capitán?

Lang desvió la mirada hacia el exterior. Tuvo que admitir que nunca, en su vida, había visto nada semejante. Era la falla más enorme y profunda que hasta entonces había admirado.

El fondo se sumía en la oscuridad de las sombras que proyectaban los colosales muros. Mientras el aerocoche seguía descendiendo a ras de las paredes, Lang agudizó su vista, y se acostumbró a la penumbra reinante abajo. Ambos muros estaban separados por una distancia superior a los quinientos metros, la profundidad casi llegaba a los doscientos, y abajo se extendía un fondo de unos ciento cincuenta metros, de aspecto casi liso, desde aquella altura.

A izquierda y derecha, casi en línea recta, el cañón se perdía de vista.

—Esta colosal zanja se extiende a lo largo de catorce kilómetros, capitán —explicó Mesh—. Es sobrecogedor, ¿verdad?

Lang se limitó a asentir.

—Nos detendremos en el fondo. Pero mientras llegamos, no deje de observarlo. Irá descubriendo cosas sorprendentes, que, desde lo alto, no pueden apreciarse. Y, por supuesto, tampoco detectarse desde el espacio, con los más sensitivos instrumentos de detección.

El capitán pegó su rostro al cristal de la cabina, mirando hacia el fondo del. cañón, ya apenas a unos metros de ellos. Era extraordinariamente liso. Pero lo que llamó su atención, fueron los domos de metal negro, situados a lo largo del sendero, a cada cincuenta metros.

—¿Qué es eso? —preguntó a Mesh—. No puede ser natural…

Iris detuvo el aerocoche cerca de uno de los domos, cuya cúspide apenas llegaba a los diez metros, y su diámetro tendría unos cuarenta. El metal era oscuro, casi negro. Desde cierta distancia, será imposible de descubrir, en medio de las tonalidades azulgrises del terreno.

Bajaron del aerocoche, y Lang anduvo unos pasos hasta acercarse hasta el domo. Mesh llegó a su lado, pero con la pistola enfundada, como si ya no tuviera ningún temor de esperar alguna agresión por parte de Lang.

—Sí, capitán —dijo Mesh—. Existen doscientos cincuenta domos, a lo largo de este desfiladero.

Lang se volvió lentamente hacia él, viendo sobre sus hombros como Iris, muy despacio, caminaba, alejándose del aerocoche.

—Usted sabía lo que iba a encontrar aquí.

—Naturalmente —asintió Mesh—. Pero le juro que es la primera vez que estoy aquí. Sin embargo, durante muchas noches, he soñado con este lugar. He ansiado, capitán, poder llegar hasta aquí.

—¿Para qué?

Mesh se encogió de hombros, sonriendo levemente.

—¿No lo entiende? Voy a destruirlo todo.

Por primera vez desde que subieron al aerocoche, Lang dijo a Iris:

—Tú lo sabías todo. Es más, me parece que has sido el cerebro de esta operación.

—En cierto modo, sí.

—¿Qué hay debajo de estas cúpulas?

—Usted ya debe habérselo imaginado, capitán. Sencillamente, el poder drolita, la confianza del planeta Drole en ganar la guerra contra mi patria —dijo Mesh.

-—¿Su patria? Siempre le supuse terrestre…

—Lo soy de derecho, pero nací en Rucer. Gracias a mi auténtica documentación, pude entrar, hace tiempo. en Drole.

—¿Tú también eres ruceriana? —preguntó Lang a Iris, con cierta ironía en el tono de su voz.

—No, Walt. Soy de la Tierra. Pero he vivido bastante tiempo en Rucer, el suficiente para amar aquel planeta.

—Reconozco que me has engañado. ¿Quién podía suponer que tú eres una espía?

—Has acertado. Me convertí en espía para los rucerianos. Durante mi estancia en Rucer, me puse en contacto con el gobierno, y llegamos a la conclusión de que los drolitas estaban preparando algo grande. Tugh Mesh ya estaba trabajando en la capital del reino de Drole, desde hacía tiempo, disimulado como un simple funcionario comercial de la Tierra. Pero necesitaban ayuda. Era imposible enviar a un auténtico ruceriano, aunque lo hiciera con documentos falsos. Los drolitas lo hubieran descubierto en seguida y eliminado. Son terriblemente desconfiados ante todos los humanos, porque siempre piensan que están de parte de sus enemigos. No pudieron impedir mi entrada en Drole, después que investigar profundamente mi historial. En las ciudades drolitas me moví con toda libertad, y descubrí todo el plan de ataque de Drole contra Rucer. En seguida lo revelé a Mesh, quien, en uno de sus viajes al exterior, regresó a Rucer y puso en conocimiento a sus superiores.

—Eran malas noticias, capitán —intervino Mesh—. Los drolitas habían sido muy astutos. Tenían un plan perfecto para vencemos en cuestión de días, apenas comenzasen las hostilidades. Istacia es un mundo al cual no se puede llegar, so pena de irritar a la Liga, pero está situado muy cerca de mi planeta. Desde hace tiempo, los drolitas trabajaron en secreto en este cañón, construyendo hangares subterráneos para una flota especial, gobernada a distancia. Con estas doscientas cincuenta naves, pueden sorprender las defensas de Rucer, obligándoles a abrir fuego contra ellas, mientras el resto de la flota, desde Drole, se acerca a mi planeta. En este caso, nos sería imposible poner en acción nuestras defensas y poder pasar, después, a la ofensiva.

Lang movió la cabeza. Por supuesto que comprendía, pero todavía quedaban puntos oscuros para él.

—Pero al hacer esto, Drole se ha enfrentado a la Liga. Lo que han hecho es suficiente para permitirle intervenir, incluso invadir Drole, como castigo —dijo.

—Es cierto. Pero ¿qué pruebas quedarán, después de que las naves ocultas bajo estos domos despeguen? Los drolitas tienen previsto hacer detonar poderosas cargas explosivas, a lo largo del desfiladero. No quedará rastro de nada.

—Mesh, usted parece tener poderosas razones, pero olvida que ha puesto en serio peligro a los pasajeros y tripulantes de mi nave. Recuerde que ahora están siendo perseguidos por un crucero drolita.

—¡Claro que lo sé! Ese crucero drolita es el que tiene previsto llegar hasta aquí, y activar la flota secreta.

Iris se acercó hasta Lang, y le agarró por un brazo, haciéndole volver. Se miraron a los ojos, y ella dijo:

—No había otra forma de llegar hasta aquí,'Walt. Desde que supimos lo que los drolitas pretendían hacer, nos desesperamos buscando una forma de anular el peligro. Pero no había modo de hacerlo. Para ello, teníamos que venir a Istacia, hasta el mismo cañón, y destruir las naves ocultas. ¿Cómo podíamos hacerlo? Los drolitas vigilaban estrechamente Rucer. Nunca dejarían que una nave ruceriana se acercase hasta Istacia.

«Cuando llegó la hora de evacuar a los ciudadanos de la Tierra y la Liga, Mesh y yo vimos la solución. El «Gades» pasaría cerca de Istacia. Así, Mesh se encargó de cambiar las tarjetas que el propio Regente drolita te entregó. Los drolitas son desconfiados, y querían que tu nave abandonase estos contornos, sin más dilación

En seguida, Lang olvidó la incipiente simpatía que. estaba empezando a sentir hacia la pareja. Frunció el ceño y espetó:

—Eso lo pagará, Mesh. Atacó a Don, le inyectó un virus, y luego no dudó en hacer estallar una carga térmica en el puente.

—Oh, vamos, capitán. Yo quise hablarle, decirle lo que iba a suceder. Quería que usted supiera lo que iba a pasar, que nos íbamos a detener sobre Istacia, y que tendría que descender allí para confeccionar nuevas tarjetas para el ordenador. Pero estaba demasiado nervioso. Me asusté, y decidí trabajar sin su colaboración.

—Pero Iris no dudó en ayudarle —dijo agriamente Lang—. Ella se encargó de mantenerme ocupado, ¿no? Luego yo, como un idiota, marché detrás de usted, pensando que había secuestrado a Iris.

—Eres injusto, Walt —le recriminó Iris—. Fui sincera contigo, pero

no podía olvidar que los rucerianos necesitaban mi ayuda. Mientras tus hombres buscaban a Mesh, yo le oculté en mi camarote. Apenas te fuiste, le llamé y decidimos fingir que él me había secuestrado.

—¿Por qué?

—Es obvio, capitán. Soy un patriota, pero no un loco. Si me hubiera marchado solo, usted no hubiera dudado en ordenar la partida de su nave, tan pronto como hubiera podido. Y sin la «Gades», estaría condenado a quedarme aquí, tal vez para siempre.

—Obligó a Iris a acompañarle…

—¡No! —estalló la muchacha—. Yo fui quien lo pensó todo.

—Vaya. Estabas muy segura de mí.

Iris pegó una patadita sobre las piedras negras, y se alejó.

—No la maltrate, capitán —dijo Mesh—. Ella le quiere de verdad. Su pecado es que ha querido ser fiel a sí misma, y no perderle nunca en estimación. Iris creyó que podría arreglarlo todo sin que usted, al menos por el momento, se enterase de que ella había colaborado conmigo, desde el primer instante.

Lang bajó la mirada.

—Es posible que así sea. Bueno, ahora ninguno de nosotros está seguro de poder salir de aquí, con la nave huyendo del crucero drolita.

—Ese crucero enemigo no podrá estar mucho tiempo persiguiéndola, capitán. Creo que, en pocas horas, abandonará y descenderá cerca de aquí. Según nuestras investigaciones, es necesario alcanzar uno de los domos para poner en funcionamiento todo el sistema automático.

—¿No hubiera sido mejor activarlas desde distancia?

—Temían interferencias.

—Bien, Mesh. Usted embarcó mucho equipaje, que ha traído en el aerocoche. ¿Explosivos?

—Claro que sí.

—Pero no es suficiente para hacer explotar todo, ¿no?

—Es suficiente con destruir el domo principal, allí donde está la nave maestra, la que conducirá el ataque, y las demás seguirán como polluelos.

Lang miró hacia ambos lados del desfiladero.

—¿Dónde está? ¿Cuál es?

Mesh soltó una carcajada. .

—Será cuestión de averiguarlo, ¿no? Nuestros descubrimientos no llegaron hasta tanto. Pero contamos con su ayuda. ¿Me equivoco?

El ruceriano le tendió el cinturón, con las armas. Lentamente, Lang lo tomó. Desvió su mirada de Mesh hacia Iris, que se había vuelto, y le observaba. Muy despacio, el capitán le dirigió una sonrisa, que la chica acogió con viva alegría.

CAPÍTULO VIII

Don regresó hasta el sillón de piloto, se sentó lentamente y repasó, una vez más, la tira de papel que le había escupido el ordenador, por la ranura. Junto a él, Cottten esperaba con ansiedad la lectura.

—Ajá —dijo Clinf—. Tal como esperaba, Cotten, esos bribones drolitas han roto la órbita persecutoria.

—¿Quieren atajarnos, dando un trazado exterior?

—Nada de eso. Han descendido en Istacia.

Clinf aspiró hondo y añadió, con el ceño fruncido:

—Se dirigen hacia la zona donde estuvimos nosotros posados.

Cotten se mesó los cabellos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, palideciendo.

—No podemos hacer otra cosa que esperar —apretó los puños desesperadamente—. El aerocoche de Mesh sigue en silencio, como siempre. Pero el de Yaneil se ha sumido en un intolerable silencio. Desde hace unos minutos, ha enmudecido. ¿Qué demonios le ha pasado?

—¿Interferencias de la nave drolita?

—No creo que disponga de medios tan poderosos —suspiró Don—. Seguiremos insistiendo. Tal vez Yaneil esté en una zona de interferencias naturales, y pronto salga de ella.

—¿Y luego?

—Estaremos a la expectativa para descender e intentar recoger al capitán y los demás.

—Supongamos que no podemos. ¿Qué pasaría entonces?

—Apenas esté lista la conexión con el ordenador central, no tendré otro remedio que reemprender el viaje.

—¿Serías capaz?

—¿Crees que me gusta esto? —estalló Don—. Pero Walt estaría de acuerdo conmigo. Estoy seguro de que si él pudiera, me ordenaría hacerlo. No olvides nuestro reglamento, Cotten. Tenemos responsabilidades y obligaciones. El pasaje está por encima de todo.

—Sí, lo comprendo, pero de todas formas, debemos intentar rescatarlos, ¿no?

—¡Claro que sí! Pienso intentarlo. ¿Qué suponías?

* * *

El almirante Ochtol se agitó, nervioso, en su enorme sillón, desde el cual dominaba el centro neurálgico del crucero. Observó como el navegante se acercaba corriendo hasta donde estaba, y le entregaba una nota.

Ochtol la leyó rápidamente, pasando sus saltones ojos sobre las apretadas líneas de escritura drolita. El informe había tardado bastante, y no resultaba tan completo como él había esperado.

La nave desconocida era el «Gades», de matrícula terrestre. Acababa de partir de Drole, con pasaje humano rumbo a la Tierra. Todos pertenecían al resto de la colonia humana que aún permanecía en Drole, y que la dirección de la Liga había dispuesto que se marchase, ante la inminente guerra contra Rucer.

El informe añadía que el Regente había entregado personalmente al capitán terrestre, Walt Lang, las tarjetas para poder regresar a la Tierra. El hecho que el «Gades» estuviese allí, era totalmente imposible. Al menos no se podía explicar, por el momento. Y, forzosamente, debía existir una respuesta lógica.

El almirante ordenó a sus navegadores que abandonasen la persecución del navío comercial. Al menos, ya sabía que no disponía de armas y, por lo tanto, no era posible una acción armada, procedente de él.

Ochtol tenía una misión mucho más importante que cumplir en Istacia, y, aunque la presencia del «Gades» era preocupante, por el momento, no tenía más remedio que olvidarse de él. Tenía cronometrado el tiempo; cada movimiento requería un plazo

determinado, que él debía cumplir. Y ya había perdido el que disponía de reserva.

La nave terrestre los había descubierto antes de que ellos se dieran cuenta de que estaba posada en Istacia, precisamente cerca de la zona dónde tenían previsto descender. Desde el «Gades», intentaron tomar contacto, pero Ochtol, cumpliendo con las instrucciones, había ordenado que no se respondiese. La presencia de una nave de guerra, en un planeta perteneciente a la Liga, debía mantenerse en secreto, a toda costa.

Ochtol había ordenado la persecución de la nave, con la intención de destruirla y eliminar así testigos, pero el «Gades» maniobró astutamente, manteniéndose siempre fuera del tiro de los láseres del crucero. De aquello casi se alegró, el almirante. La nave podía regresar a la Tierra, de todas formas. ¿Qué pruebas podría presentar de que una nave de guerra drolita había profanado el espacio, propiedad de la Liga? Cuando se realizase una investigación en Istacia, sería demasiado tarde. Todas las evidencias habrían desaparecido, e incluso Rucer habría solicitado la paz sin condiciones, a Drole.

El almirante tenía sobre sus anchos hombros una pesada carga. Hacía varias jornadas que había salido de Drole. El mismo Kohkol III le había despedido, recordándole que el futuro de su raza, de su planeta, estaba en sus manos, a expensas del buen resultado de la misión que le había encomendado.

Volvió a moverse, nervioso. Un enlace le anunció que en breve descenderían a poca distancia del punto previsto.

Aquello le tranquilizó, en parte. Unas horas más, y todo estaría listo. Se palpó la cajita de metal donde estaban las llaves únicas que le darían acceso a la nave principal que conduciría la flota de guerra contra Rucer.

Cerró los ojos, y comenzó una breve sesión respiratoria, que le produciría la tranquilidad de la cual estaba tan necesitado.

* * *

Habían utilizado el aerocoche para ir de un domo a otro. Empezaron por el sur, donde sólo tuvieron que revisar veintitrés,

regresaron al lugar donde descendieron primeramente, y comenzaron a inspeccionar la fila que se extendía por el desfiladero hacia el norte.

En cada domo, Mesh probaba unas varillas magnéticas, que explicó eran duplicados de llaves, iguales a las que debía llevar el alto jefe encargado de activar la flota.

—Iris las consiguió —explicó Mesh—. Se expuso mucho, aquel día, pero aún por aquel tiempo los drolitas no desconfiaban de todos los humanos. Ese día, Iris llegó a la sede del Alto Mando Militar drolita para entrevistar a varios generales. En un momento, se deslizó hacia un lugar secreto, y sacó copias —sonrió—. Si no me equivoco, los drolitas aún piensan que sólo existe un juego capaz de abrir el domo que encierra la nave principal.

—Sí, muy bien, ¿pero dónde está esa nave? —preguntó Lang, impaciente—. Aún nos quedan más de doscientos puntos que examinar.

—No podemos hacer otra cosa Lang, repuso, nerviosa, Iris—. Nos resultó imposible descubrir si el domo que buscamos está en alguno de los dos primeros lugares de la fila o en medio. ¡Qué sé yo!

Subieron de nuevo al aerocoche, y se dirigieron hacia el siguiente domo, situado a cincuenta metros, distancia ridícula, que podía salvarse caminando... si no existiese el temor de que, desde allí, tendrían que encaminarse hacia. el siguiente y luego, posiblemente, al otro.

—Demonios, podemos saltarnos varios, y ver los que están situados entre los números ciento veinticuatro y los siguientes. ¿Por qué no puede estar en el centro? Luego, yo iría hasta el último situado en el norte.

—¿Y si no fuera así?

Lang se encogió de hombros.

—¿Qué remedio? Volver a comenzar con los no revisados.

Mesh mascculló algo entre dientes, y aceleró el aerocoche, que pareció protestar por el mal trato, saltó en el aire y se dirigió, lo más velozmente que su excesiva carga le permitía, desfiladero adelante.

Se detuvieron entre dos domos, y Mesh dijo que aquéllos eran los situados en el centro. Bajaron, y el ruceriano corrió a tratar dé

introducir las varillas en las aberturas del domo más próximo, situadas en su base.

Se levantó, furioso. Cuando empezó a ascender por el domo para dirigirse hacia el número ciento veinticinco, una espesa sombra le cubrió.

Lang alzó la mirada, y se quedó paralizado por la sorpresa y el miedo. Una enorme masa metálica estaba descendiendo sobre ellos, procedente de la ladera derecha del cañón.

—¡Drolitas! —gritó Mesh, regresando a toda prisa.

Los tres se dirigieron hacia el aerocoche, pero un dardo de fuego surgió de la nave de desembarco drolita, cayendo sobre el vehículo y estallando en una bola de fuego.

Lang empujó hacia atrás a Iris para apartarla del calor provocado por la explosión. Desde el suelo, alzó la mirada. La navecilla drolita estaba tomando tierra a unos cien metros de ellos. Apenas hubo tomado contacto, cuando una compuerta triangular se abrió, y una riada de soldados drolitas, vestidos con armaduras de combate, se desplegaron ante ellos.

Eran más de diez, y a Lang le bastaron pocos segundos para comprender que resistir era un suicidio. Cogió a Iris por los hombros, y la aproximó hacia él para protegerla.

Mesh parecía haber enloquecido. Corrió por la suave pendiente del domo, intentando alcanzar las paredes del cañón. Pero los drolitas, a pesar de su envergadura, fueron más rápidos, y tres de ellos le cortaron la huida. El ruceriano intentó extraer sus armas, pero un disparo de advertencia, a un metro escaso, le hizo desistir. Desalentado, abatió los brazos, inclinando la cabeza.

Lang no intentó nada cuando dos soldados drolitas le desarmaron. Luego, le empujaron hasta la nave de desembarco. Al mover la cabeza para ver como Mesh también era conducido, Lang se percató de que las varillas de éste yacían en el suelo. No las habían visto.

Fueron introducidos en la navecilla violentamente, obligados a sentarse en sillones, y cuatro soldados, silenciosos, se apostaron delante de ellos, sin dejar de apuntarles con sus armas.

Lang se percató de que no todos los drolitas habían subido. Calculó que en el fondo del cañón habían quedado unos seis o siete, justo al

lado del domo número ciento veinticinco. Cerró los ojos. Aquél era, al parecer, donde estaba la nave principal. Se maldijo. Si desde el primer momento se hubieran dirigido allí, habrían tenido tiempo de abrirlo, penetrar en la nave automática y…

Pero ya era inútil lamentarse. Los drolitas les habían ganado la partida, por escaso margen de tiempo.

La navecilla se puso en marcha. No tomó demasiada altura, y el vuelo fue de escasa duración. Apenas hubieron aterrizado, los soldados indicaron que salieran. La compuerta fue abierta, y no salieron al exterior, sino que un túnel de acero se había adosado a ella.

Pasaron directamente a otra nave más grande. Lang susurró a Iris, que caminaba a su lado:

—Esta debe ser la nave que estuvo persiguiendo al «Gades».

—¿Quieres decir que tu nave ha sido destruida? —preguntó, alarmada, Iris.

—No lo creo. Más bien, que ha conseguido escapar.

Mesh iba junto a ellos, pálido y demacrado. Lang quiso interpretar sus sentimientos. El ruceriano había tenido el triunfo tan al alcance de su mano, que aquel repentino cambio de la situación le había traumatizado.

Fueron conducidos directamente a presencia de un drolita, de elevado rango. Lang no conocía los distintivos militares de aquella raza, pero vio abundantes entorchados en las grandes charreteras doradas.

Mesh se envaró e intentó recobrar su arrogancia. Miró directamente al drolita y dijo:

—Hola, almirante Ochtol.

—Yo, en cambio, no te conozco, humano —dijo el drolita, con altanería. Se volvió a observar a Iris y al capitán—. Tú eres la periodista terrestre, Iris Resae, y tú, el capitán Walt Lang, comandante del «Gades».

—Me llamo Tugh Mesh —dijo el ruceriano.

—Pediré informes tuyos. Nuestro venerado Kohkol III decidirá qué debemos hacer con vosotros.

—¿De qué se nos acusará? —espetó, insolente, Mesh.

—Es obvio; de intentar sabotear propiedades militares drolitas.

—¿Estás loco, almirante? —dijo Walt—. No puedes reclamar unas instalaciones militares, en un planeta bajo la custodia de la Liga. En todo caso, tú y tu planeta estáis fuera de la ley.

El almirante soltó una profunda risotada.

—Está visto que no se puede ser legalista con vosotros. En tal caso, será más aconsejable expulsaros en el espacio... sin trajes de vacío, por supuesto.

—Es comprensible —sonrió Lang—. Pero la Liga no se conformará con nuestra desaparición, almirante. Investigará a fondo el asunto. Es más, creo que está deseando una excusa para intervenir en esta odiosa guerra, y dar Una lección a los belicistas drolitas.

—Tú eres terrestre, y debes permanecer neutral —Ochtol estaba dando visibles muestras de ir poniéndose nervioso—. Pero Tugh Mesh parece ser ruceriano y, por lo tanto, enemigo nuestro. La Liga nada podrá reclamarnos si le ejecutamos a él, acusado de espía en Drole. Incluso es posible que esa linda humana también haya trabajado contra el planeta que le dio hospitalidad.

—Ellos nada tienen que ver conmigo, almirante —dijo Mesh—. Fueron obligados a venir conmigo. También yo engañé al capitán, cambiando las tarjetas que tu sucio Regente le entregó, para que la nave se viera forzada a descender en este planeta.

—No me hagas reír. No puedo admitir que el capitán y la mujer estuvieran contigo, abajo en el cañón, contra su voluntad. Ambos estaban armados.

—Los convencí para que me ayudaran. Así saldríamos todos, antes, de este planeta.

—Sí, claro, una vez que las naves de Drole estuvieran fuera de combate, ¿no?

Mesh no respondió, y Lang comprendió que seguir con aquella conversación no podía conducirles a nada conveniente.

El almirante dio unos pasos por la estancia, pretendiendo imponerles gran majestuosidad. Pero su configuración física, a los ojos de los terrestres, sólo resultó una divertida parodia. Era excesivamente grande y corpulento el almirante para aparentar gracilidad y elegancia. Se detuvo delante de Mesh e Iris, y les dijo:

—Indudablemente, ustedes son espías, lo cual se paga con la muerte, en tiempos de guerra. Esa es una ley de la Liga, de todos sus planetas miembros, ¿no?

—Por supuesto, silenciaremos que estuvieron actuando en Istacia. Nadie tiene que saber que estuvieron aquí, intentando sabotear nuestra jugada maestra. Serán acusados de espionaje, en Drole.

—¿Yo no seré acusado de espionaje, almirante? —preguntó Lang.

—No. Pero sí morirá. Claro que buscaremos una forma para que parezca natural. La Liga se morderá los labios de rabia. No podrá nada contra nosotros, al no hallar ninguna excusa legal para intervenir, con sus fuerzas.

Un oficial drolita entró en la estancia, se cuadró delante del almirante y dijo:

—Señor, nuestros hombres, apostados en el fondo del cañón, han encontrado entre los restos del aerocoche de los terrestres unas .cajas de acero. Han abierto una, y contiene explosivos de alta potencia.

Ochtol sonrió ladinamente.

—Nuestro estimado Mesh trajo ese explosivo, inventado por los rucerianos, que no estalla por simpatía. Sólo una reacción mercurial puede activarlo. Creo, señor Mesh, que cuando usted vio que nuestro bote de desembarco les destruía el aerocoche, pensó que aún podría hacernos algún daño, si estallaban las cargas, ¿no? Claro que entonces hubiera muerto, pero un gran patriota no debe temer a la muerte, cuando es por su planeta.

—Sabía que no explotarla, granuja —gruñó Mesh—. Decidí usar ese explosivo porque no quería arriesgar las vidas de los hombres y mujeres del «Gades». Siempre es peligroso transportar explosivos en una nave comercial, en una bodega presurizada para que el resto del equipaje no sea dañado.

—Muy amable y considerado —asintió dificultosamente el almirante debido a su corto y grueso cuello.

—¿Qué espera ahora, almirante? —preguntó Lang.

Ochtol indicó un reloj de pared, drolita, con sus treinta y dos horas, de veinte minutos terrestres.

—Es vital que la armada teledirigida sea activada en el momento oportuno. Ni antes ni después. Aún faltan dos de nuestras horas, capitán. Es preciso que estén en el espacio ruceriano justo a tiempo cuando el resto de nuestra flota, tripulada por el propio Regente y Kohkol III, lleguen a un punto y aguarden que las defensas de Rucer se agoten contra las naves vacías. Sólo entonces actuarán ellos, penetrando triunfalmente en el planeta enemigo y desembarcando las divisiones de ocupación. No daremos margen para que los rucerianos pongan en acción sus celebrados proyectiles, capaces de alcanzar nuestro amado mundo.

Delicadamente, el almirante extrajo de su cinto unas varillas que a los ojos de Lang parecieron copias idénticas de las usadas en el fondo del cañón por Mesh y que allí quedaron olvidadas.

—Yo mismo bajaré, abriré el domo que guarda la nave principal, entraré en ella y pondré en funcionamiento el mando a control remoto. Entonces, diez minutos más tarde, todos los hangares subterráneos se abrirán e instantes después las doscientas cincuenta naves emprenderán su viaje hacia Rucer.

Golpeó las varillas contra la abierta palma de su mano, suspiró como si de veras lo lamentara profundamente y añadió:

—La partida de la flota les indicará a ustedes que ha llegado el momento en que tendrán que enfrentarse con la muerte. No pretendo llevarles a mi mundo. Se quedarán aquí, convertidos sus cuerpos en átomos imposibles de encontrar.

CAPÍTULO IX

Yaneil notó que Spencer estaba cada vez más nervioso. Pensó que tal vez se debía al deterioro de su sistema nervioso por haber padecido las consecuencias del aturdidor. Estaba sentado en el reducido asiento trasero y miraba a ambos lados de la cabina con insistencia.

Archer conducía, siguiendo las indicaciones del vegano.

Desde atrás, con trémula voz, Spencer inquirió:

—Estamos dando vueltas, poniéndonos en peligro. Y lo peor de todo es que esta zona está dificultando el contacto con el «Gades».

—¿Por qué le preocupa eso, señor Spencer? —preguntó Yaneil lentamente.

—Les sonará cruel, pero estoy seguro de que ya no podemos hacer nada por el capitán. Debemos pensar en nosotros. Es posible que la nave haya podido despistar al crucero drolita y haber vuelto al mismo lugar donde antes descendió. Pero si lo ha hecho no estará allí mucho tiempo para esperamos. Don Clinf sabe que existe el peligro de que la nave drolita regrese y partirá en breve tiempo.

Yaneil asintió con vigor.

—Es posible. Pero voy a intentar encontrar a mi capitán.

—¿Aquí? —dijo Spencer, señalando el terreno que pasaba por debajo de ellos, cada vez más árido y tornándose profundamente azulado.

—Este sería el lugar ideal para que una nave, grande o pequeña, nunca fuera detectada. Pero podemos descubrirla visualmente.

Archer añadió:

—Además, tal inconveniente puede ser una ventaja para nosotros. Tampoco nos pueden detectar y así nos acercaremos tranquilamente sin temor de ser descubiertos.

Archer dejó que el aerocoche se posase sobre una elevación del terreno, lo hizo correr unos metros y lo dejó casi totalmente oculto detrás de unos árboles v matorrales raquíticos.

—Ahí los tenemos —dijo alborozado Yaneil—. Delante nuestro.

Una nave de gran tamaño relucía al sol a lo lejos, posada en un pequeño claro rocoso. Yaneil usó los binoculares y dijo:

—Tiene los emblemas de Drole. Apuesto lo que sea a que es la misma nave que ha estado persiguiendo a la nuestra.

—Eh, Yaneil —exclamó Archer—. A poca distancia, a nuestra izquierda, comienza lo que parece transformarse más adelante en el cañón más impresionante que he visto en mi vida. ¡Y la potencia magnética aumenta! Ni a un metro serviría el más perfeccionado comunicador.

—Amigos, la presencia de esa nave aquí nos debe aconsejar regresar al punto de partida. ¿No les parece que Don Clinf es lo bastante inteligente para haber descendido allí y estar esperando a los que quieran abandonar este condenado planeta?

—Pero nosotros somos lo suficientemente tontos para insistir en encontrar al capitán y los demás —sonrió Yaneil abriendo la cabina y saltando al suelo, no sin antes tomar la llave de contacto del aerocoche—. Vamos, abajo.

—Están locos, rematadamente locos —masculló Spencer, siguiéndole—. Los drolitas pueden descubrirnos en cualquier instante.

Yaneil había caminado hasta el borde del cañón y regresó sonriente, a tiempo de escuchar la protesta de Spencer.

—El cañón es profundo y avanza hacia el norte. Los drolitas tienen su nave a unos dos kilómetros de aquí. Por el llano sí podemos ser descubiertos, pero si descendemos hasta el fondo de esa enorme hendidura, conseguiremos acercarnos hasta ellos sin ser vistos. Calculo que el crucero está a unos trescientos metros del borde del cañón.

—¿Y qué espera encontrar ahí? —dijo Spencer.

—Ojala lo supiera. Pero ha pasado demasiado tiempo desde que Mesh le atacó, Spencer. Ha tenido ocasión de llegar hasta aquí antes que nosotros y hacer muchas cosas. Además, he creído ver una columna de humo salir del fondo del cañón a unos dos o tres kilómetros de aquí. Un humo negro y espeso. Resulta muy sugerente, ¿no?

Yaneil esperó que Spencer, a regañadientes, subiera al interior del

aerocoche. Archer lo puso en marcha, apenas a una altura de medio metro del suelo, alcanzando el borde del cañón y bajando por la ladera.

Apenas estaban a puntó de llegar al fondo cuando descubrieron los domos, que en fila, se extendían a lo largo del cañón. Archer soltó una maldición y dijo:

—Si hubiera aceptado tu apuesta, habría perdido, amigo.

—Creo que así es. Mesh debió dirigirse hacia aquí. Y, con él, Walt. Después de agredir a Spencer e inutilizar el aerocoche debió llevárselo también —asintió Yaneil.

Archer condujo con precaución. Estabilizó la altura a unos diez o doce metros del fondo, avanzando lo más pegado posible a la ladera, aprovechando cada saliente de las rocas para mantener al aerocoche semioculto.

Unos minutos más tarde, Yaneil hizo una señal a Archer para que detuviera totalmente el vehículo y éste lo protegió detrás de un pronunciado saliente de la ladera, dejándolo posar sobre una amplia plataforma de granito azul.

Saltaron del aerocoche y miraron sobre la roca que les ocultaba.

—Veo gente —dijo Yaneil usando los binoculares—. Juraría que son soldados drolitas con armaduras.

—¿Qué hacen?

—Nada. Están sentados, formando corro. Parecen vigilar algo. Todos están de cara hacia un domo.

—La nave drolita apenas está a unos dos mil o tres mil metros de nosotros —susurró Spencer—. Olvídense de esos soldados. Son seis y están armados. Si los atacamos avisarán a la nave y enviarán refuerzos que nos freirán en este callejón sin salida desde arriba.

Yaneil se volvió furioso, pero al ver la palidez del rostro de Spencer sintió ganas de reír.

—No diga tonterías, Spencer. En este lugar no valen los comunicadores. Ni siquiera escucharían, por la distancia, un desprendimiento de tierras.

—Amigo, si tiene tanto miedo quédese aquí —gruñó Archer sacando su pistola protónica y poniendo el disparo a su máxima potencia.

—Es buena idea. Además, alguien debe quedarse vigilando el aerocoche. Es el único que nos queda para escapar.

Yaneil y Archer comenzaron a bajar los pocos metros que los separaban del fondo. Luego, desde allí, se fueron aproximando al grupo de drolitas, extremando sus precauciones.

Consiguieron acercarse hasta una distancia de treinta metros. Se tendieron en el suelo y apoyaron sus armas sobre unas rocas. Ambos se miraron y sonrieron.

—Archer, cerca de esos drolitas está lo que queda del aerocoche que robó Mesh. Pero ¿dónde estarán ellos?

—No los veo. Es posible que se encuentren al otro lado de ese domo que parecen vigilar los soldados, en la nave drolita… o muertos.

Yaneil maldijo y apuntó a los soldados a través del punto de mira, diciendo a Archer que se ocupase de los que estaban a su derecha.

—No debemos darles ocasión de reaccionar… Un momento.

—¿Sí? —inquirió Archer.

—Junto a los soldados están las cajas metálicas que Mesh embarcó en el «Gades» y luego se llevó en el aerocoche.

—Por lo visto no ha podido cumplir lo que pretendía.

—De algo estamos seguros: Mesh no trabaja para los drolitas, sino todo lo contrario.

—¿Qué suponen que ocultan los domos?

Yaneil se encogió de hombros.

—Luego intentaré averiguarlo. Procura herir sólo a uno de esos soldados. Quiero preguntarle algunas cosas. Por ejemplo, el que está frotando su rifle.

Los dos hombres volvieron a apuntar. Los dedos sobre los gatillos empezaban a curvarse cuando escucharon un seco sonido, producido por una nave que bajaba desde lo alto de la ladera derecha, en

dirección hacia donde los soldados estaban montando guardia.

—Hay que decidir si disparamos o nos marchamos —tronó Archer volviendo a apuntar contra los soldados.

* * *

El almirante Ochtol terminó de impartir instrucciones a sus oficiales. Desde el fondo de la estancia regresó hasta donde aguardaban los prisioneros. Se detuvo delante de ellos y dijo:

—Es una lástima que no pueda pedir instrucciones al propio Kohkol sobre su destino. Pero no se preocupen; ya he decidido qué hacer al respecto. Señores, es la hora. Por favor, deberán acompañarme.

Los soldados blandieron sus fusiles e instaron a los prisioneros a salir detrás del almirante. Por el camino, Ochtol, volviendo ligeramente la cabeza, explicó:

—Será sencillo. Les llevaré hasta el domo principal y me verán activar la flota. Una vez que ésta parta, les dejaré en el fondo del cañón. Bien sujetos, por supuesto. Nosotros nos marcharemos. Pueden calcular una hora aproximadamente, una vez que nos hayamos alejado, para saber que entonces todo el cañón saltará en pedazos, borrando así las evidencias de nuestra fugaz presencia en Istacia. Las paredes del desfiladero están minadas fuertemente. Todo se derrumbará y nadie sabrá nunca que una vez Drole construyó allí los hangares ocultos para su flota teledirigida, jugada maestra en la corta guerra contra Rucer. Nuestro mundo volverá a resplandecer y el comercio se incrementará notablemente. Incluso dominaremos las fuentes de materias primas de Rucer —emitió una risita, añadiendo—: Es lo menos que podremos hacer con nuestros futuros protegidos. Incluso nuestro amado Kohkol III ya tiene elegido un nuevo título que añadir a los muchos que posee: Su Magnanimidad el Gran Protector de Rucer. ¿Suena bien, no es cierto?

Lang observó de soslayo que el rostro de Mesh se crispaba. Tal vez la presencia de los fusiles que se apoyaban en su espalda le impedían saltar contra aquel ser cargado de rutilante uniforme y repleto de condecoraciones.

El almirante no volvió a abrir la boca. Jugueteaba constantemente

con el manojo de varillas, mirándolas pensativamente. Entraron en la falúa de desembarco, siendo arrojados al mismo sitio que usaron anteriormente para el viaje de ida. Los soldados se apostaron vigilantes delante y el almirante se acomodó cerca del puesto del piloto.

Desde allí no veían nada, pero Lang calculó que sólo les iba a costar unos minutos regresar junto al domo principal.

No estaban atados, pero resultaba una locura intentar nada. Cruzó con Mesh una mirada. El ruceriano parecía dispuesto a jugarse la vida, pero Lang le dirigió una mirada tratando de inculcarle calma. Sintió el cuerpo de Iris pegarse al suyo y Lang sonrió amargamente, pensando que la protección que podía ofrecerle era nula.

La falúa no parecía volar a demasiada velocidad. La distancia que les separaba del punto de destino era pequeña en comparación y apenas tenía tiempo de acelerar hasta su nivel máximo.

Lang notó que la proa se inclinaba y comprendió que estaban rebasando el borde del cañón, iniciando el descenso.

Les quedaban pocos minutos. Agitó la cabeza enfurecido. Aquélla iba a ser una forma estúpida de morir. Sin poderlo evitar sintió contra Mesh un fulminante odio. Le consideraba culpable de su situación. Respiró profundamente y trató de calmarse. Miró a Iris, Tal vez lamentaba todo aquello porque ella se veía involucrada.

* * *

Sus pensamientos fueron cortados súbitamente porque desde la posición delantera de la falúa le llegaron voces alteradas. Hasta entonces no había notado que la navecilla había enderezado su posición y parecía haber tomado tierra. Incluso la compuerta se había abierto y algunos soldados se estaban acercando a ella.

Del exterior penetró un huracán de fuego que barrió a dos drolitas, arrojándolos contra la pared contraria convertidos en amasijos calcinados. El almirante ladró unas órdenes y los restantes soldados se precipitaron hacia la salida. Algunos de ellos consiguieron hacer funcionar sus armas, pero precipitadamente, sin apuntar.

Otro más fue alcanzado y cayó casi cortado por la mitad al exterior.

Lang se deslizó unos metros por tierra y asomó

la cabeza entre las sillas atornilladas al suelo. Pudo ver un trozo del fondo del cañón, incluso a varias figuras tendidas en el suelo. Las armaduras destrozadas le dijeron que eran los soldados drolitas que se quedaron allí de guardia.

Una fuerte descarga rompió la cúpula de observación del piloto, y el cristal saltó en pedazos. La sección metálica alcanzada resbaló sobre el asiento del piloto, alcanzándole el metal derretido. El desdichado gritó durante unos segundos y luego se quedó quieto allí, soldado al respaldo.

El almirante gritaba enloquecido, instando a sus soldados a acabar con los que, desde el exterior, les hostigaban.

Por el momento parecían haberse olvidado de ellos y Lang miró ansiosamente un rifle que había pertenecido a una de las primeras bajas producidas en la falúa.

Alargó el brazo cuanto pudo y consiguió asirlo, atrayéndolo hasta él, mientras rogaba que los ocupados soldados no se percatasen.

Apenas lo hubo amartillado, cuando la voz colérica del almirante tronó:

-¡Matad a los prisioneros! Matadlos.

Un soldado fue empujado por Ochtol para que cumpliera la orden y avanzó hasta el fondo de la falúa. Pero ya entonces Lang tenía el rifle dispuesto y disparó mientras se dejaba caer de espaldas entre dos asientos.

CAPÍTULO X

Yaneil colocó otra carga dentro de su pistola protónica y alzó la cabeza por encima de la roca, agachándose en seguida. Un descarga voló una gran porción lanzando en todas direcciones docenas de pedruscos. A su lado, Archer gateó hasta la siguiente roca y disparó desde allí una larga ráfaga. Yaneil se arriesgó y observó que ésta había dibujado una línea a lo largo de la compuerta, calentando el metal del fuselaje al rojo. Calculó que una buena parte de la energía debió penetrar y, tal vez, causar algún daño al enemigo.

A pesar de todo, Yaneil frunció el ceño. Las reservas para las pistolas eran escasas y hacerlas funcionar así las agotaba muy rápidamente, pese a la efectividad de los disparos.

Liquidar a los soldados que montaban guardia junto al domo no les costó mucho. Ambos dispararon apenas apareció la falúa de desembarco. Fracasaron al intentar que al menos uno de los drolitas resultara herido. Dispararon con cierta precipitación, movidos por el nerviosismo que la presencia de la navecilla les produjo. De todas formas, ante las nuevas circunstancias resultaba muy problemático que hubiesen tenido alguna oportunidad de interrogar posteriormente al herido.

Yaneil había conseguido algo muy valioso al destrozar la cabina del piloto. Estaba seguro de haberlo matado, logrando así que la falúa no levantase el vuelo y regresase junto al crucero, avisando del ataque, única forma de informar puesto que el magnetismo de la zona impedía cualquier clase de comunicación convencional.

A pesar de estar en buena posición, Yaneil no veía el futuro con optimismo. Dentro de la falúa aún debían quedar bastantes soldados y ellos apenas disponían ya de energía para sus armas. Los rifles de los soldados muertos delante de la falúa estaban demasiado lejos para poder ser alcanzados y continuar con ellos el ataque.

—Archer, dispara sólo cuando haga falta —gritó a su compañero.

El tripulante se volvió, apretó los labios y asintió. Entonces redujo la potencia de sus disparos.

—El tiempo va en contra nuestra, Yaneil —dijo—. Desde el crucero pueden llegarles refuerzos en cualquier momento, apenas se

impacienten por su tardanza en regresar.

Yaneil buscó otro parapeto. Las rocas que usaban para ocultarse no resistían mucho tiempo el alocado fuego que desde el interior de la falúa les. dirigían. Al parecer el enemigo disponía de grandes reservas para sus armas.

—Eh, Yaneil —gritó Archer—. ¿Qué demonios está pasando dentro de la falúa?

¡Lentamente, Yaneil se asomó para mirar, casi a ras del suelo. Del interior de la falúa, por la abierta compuerta, salieron destellos. Dos cuerpos enfundados en las armaduras fueron despedidos por ella como impulsados por un resorte, yendo a caer a varios metros de distancia, en donde quedaron en extraña posición.

—Luchan dentro, Archer —susurró Yaneil, palideciendo su largo rostro y enrojeciendo las orejas, como era natural entre los veganos cuando se daban cuenta de que habían estado haciendo algo rematadamente mal.

Cerró los ojos y apretó con tanta fuerza su pistola que le dolieron los dedos.

—El capitán, al menos debe estar ahí dentro, Archer —agregó—. ¡Y nosotros hemos estado disparando contra la falúa como si sólo hubieran enemigos dentro!

Se incorporaron y, desconfiadamente, avanzaron unos pasos. Yaneil sintió un escalofrío recorrerle su larga espalda. Se sentía mal al verse al descubierto. Pero siguieron caminando hacia la falúa.

—Eh, quien sea que esté ahí fuera —gritó una voz desde el interior, que al principio Yaneil no reconoció como la del capitán—, no disparéis. Nos hemos adueñado de la situación y van a salir primero los drolitas supervivientes.

—Es Tugh Mesh —dijo, sorprendido, Yaneil.

Los dos compañeros se miraron y terminaron de salvar la distancia que les separaba de la falúa, deteniéndose a dos metros de ella y apostándose a cada lado de la salida, con las pistolas dispuestas.

Tres soldados drolitas saltaron del interior. El cuarto resultó ser un tipo corpulento, con los distintivos de almirante. Su larga y delgada boca temblaba y dio un traspié antes de unirse con los otros soldados,

que formaban un grupo apretado, con los brazos alzados.

Lang apareció en el dintel de la compuerta, sonriendo a sus hombres. Por un momento Yaneil se alarmó al descubrir que una buena parte de su guerrera estaba chamuscada. Del interior de la falúa surgió un desagradable olor a carne achicharrada, mezclada con metal derretido y cuero quemado.

—Por los Soles Dobles, capitán —exclamó Yaneil—. No esperaba encontrarle ahí dentro. Hemos puesto en peligro su vida...

—Lo hubiera estado de no haberos puesto a disparar en el momento justo, amigos —sonrió Lang apretándole el hombro con calor—. Archer, vigila a estos tipos. No debemos perder tiempo.

—Estoy deseando que me lo cuentes todo.

—Habrá tiempo más tarde si nos damos prisa y conseguimos marcharnos de aquí cuanto antes —dijo Mesh saliendo de la falúa—. Por suerte, aún tengo aquí el material explosivo que traje desde Drole. En unos minutos lo dispondré para que el domo principal salte por los aires y la nave maestra quede inservible. Será suficiente para inutilizar el resto de la flota para siempre. O, al menos, el tiempo preciso para que los drolitas no puedan impedir que los míos pongan en funcionamiento su plan de disuasión.

—No conseguirán salirse con la suya —dijo el almirante—, No olviden que muy cerca está mi crucero. Allí tengo trescientos hombres que se encargarán de acabar con ustedes.

—Es posible; pero esta vez no podrán impedir que les destruya lo que usted llama jugada maestra. Su amado Kohkol se quedará esperando para siempre la aparición de su ansiada flota teledirigida —sonrió Mesh empezando a apilar cerca del domo las cajas de acero. Miró al almirante y sonrió cuando le vio arrojar su juego de varillas al suelo, donde comenzaron a derretirse, quedando tan solo un pequeño charco de metal líquido—. Muy ingenioso. Pero tengo por ahí otras varillas semejantes, almirante.

—Las arrojaste por ahí —dijo Lang indicando un lugar a varios metros detrás de la popa de la falúa.

—Aquí están —gritó Mesh alborozado, alzándolas sobre su cabeza.

Inmediatamente, mientras Archer vigilaba a los drolitas, el ruceriano empezó a introducir las varillas en sus respectivos

alojamientos. Apenas hubo colocado la última cuando el domo se abrió en dos, ocultándose ambas partes en los laterales.

Se aproximaron al borde y miraron. Aún había suficiente luz solar para ver relucir en el fondo la enorme nave. La aguzada proa estaba apenas a unos ocho metros de ellos. Mesh empezó a arrojar al interior las cajas de acero conteniendo los explosivos. Cuando hubo tirado la última, dijo:

—Ahora sólo tengo que activarlas. Un dispositivo de tiempo las hará detonar… —sacó de su pecho una delgadísima placa que empezó a manipular—… en una media hora apenas termine de colocar los diales…

—¡Arroja eso al suelo!

La voz sonó a sus espaldas y los hombres se volvieron. Thomas Spencer estaba a pocos metros de ellos, armado con una pistola con la cual les apuntaba. Empero, Archer no dejó de vigilar a los drolitas, en quienes Lang descubrió un hálito de esperanza.

—La situación es nuestra, señor Spencer —dijo Yaneil—Tenemos tiempo de sobra para escapar de aquí a lo largo del desfiladero y salir de la hondonada a muchos kilómetros al sur, antes que el hangar principal estalle. El resto, inservible ya para los drolitas, quedará como testimonio de su delito y…

—Cállate, Yaneil —suspiró Lang—. ¿No lo entiendes? El señor Spencer no está conforme con que venzamos a los drolitas. El desea que ellos ganen la guerra, lo cual le reportará enormes beneficios al controlar el comercio con el resto de la galaxia. ¿De quién supones que partió la idea de colocar en Istacia una flota para sorprender a los rucerianos?

—Yo lo sabía, capitán; pero carecía de pruebas —asintió Mesh—. Spencer ha colaborado estrechamente con los drolitas. Es más, creo que sin su ayuda ellos no habrían podido realizar en secreto este enorme trabajo —y abarcó con un ademán los cientos de domos que se extendían por el cañón—. Spencer conocía cuándo las naves de vigilancia de la Liga, rutinariamente, visitaban Istacia para comprobar que seguía deshabitado. Entonces avisaba a las brigadas de trabajo drolitas y éstas se marchaban, regresando cuando Spencer volvía a decirles que el peligro había pasado.

—En cambio yo no podía pensar que usted trabajaba para los rucerianos, Mesh.

—Soy ruceriano —protestó éste orgullosamente.

—Es igual. Arroje lejos de usted ese dispositivo. O dispararé.

Lang miró desesperadamente a su alrededor. Los drolitas parecían nerviosos, ansiando actuar. Sólo el arma de Archer dirigida hacia ellos los mantenía juntos, apartados. El capitán tenía su pistola enfundada y estaba también en la línea de tiro de Spencer. Mesh mantenía entre sus manos el dispositivo y parecía ser el más inerme de todos. Por su parte, Yaneil era el más próximo a Spencer y éste podía vigilarlo de soslayo.

Con un movimiento rápido, Mesh arrojó al interior del pozo el dispositivo. Alzó los brazos y sonrió.

—Ya está —dijo—. El dispositivo está activado. Ahora moriremos todos si no nos alejamos cuanto antes de aquí.

—¡Maldito!...

El arma de Spencer tronó y el rayo que partió de su cañón alcanzó a Mesh en pleno pecho. Cayó al suelo convertido en un ovillo, rodando unos metros.

Entonces todo sucedió vertiginosamente. Lang empuñó su pistola y disparó a su vez contra Spencer, pero éste se había apartado e hizo fuego contra él, estallando la carga a poca distancia.

Lang se sintió golpeado por las piedras que levantó el estallido, perdió el equilibrio e hincó las rodillas en el suelo. La pistola escapó de sus manos. Vio que Spencer volvía a apuntarle, sosteniendo el arma con las dos manos.

Mientras, los drolitas habían empezado a moverse, corriendo hacia las armas tiradas en el suelo. Archer disparó y una larga y potente ráfaga los cortó a todos por la mitad antes de que consiguieran alcanzar su objetivo.

Pero cuando quiso volverse ya era demasiado tarde para ayudar a Lang. Spencer estaba a punto de disparar contra él y Yaneil aún no había conseguido recuperar su pistola.

Entonces la voz de Iris gritó a Lang que se arrojase al suelo. Apenas éste lo hubo hecho, un huracán de fuego pasó por encima de él, escuchó un grito que en seguida quedó roto y le llegó un pestilente olor a carne quemada.

Al levantar la cabeza del polvo vio a Spencer aún llameante. Se giró y vio a Iris apoyada en la esclusa de la falúa. Estaba muy pálida y de su mano derecha colgaba una enorme pistola ígnea, tomada de algún muerto drolita.

Lang, resoplando, se acercó hasta donde yacía, tendido, Mesh. Volvió la mirada hacia otro lado. El ruceriano presentaba un aspecto horroroso. Había muerto instantáneamente.

—Sabía que Spencer dispararía contra él al arrojar ahí dentro el dispositivo —se pasó la mano por la cara, como queriendo apartar aquel horror culminado en tan corto tiempo—. Ya nada podemos hacer por él. Ahora debemos pensar en alejarnos cuanto antes. No tenemos mucho tiempo. Además de la inminente explosión, corremos el riesgo de que acudan más drolitas del crucero.

Subió a la falúa y abrazó a Iris, tratando de calmarla. La muchacha era presa de una depresión nerviosa y la ayudó a sentarse en los asientos traseros del piloto. Archer y Yaneil se ocuparon de arrojar fuera los cuerpos de los soldados drolitas muertos en la refriega.

Lang ocupó con cierta aprensión el asiento gemelo del piloto. No quiso mirar la horrenda visión del drolita calcinado y fundido en su sillón.

Terminó de romper el astillado cristal y advirtió:

—El viaje no será muy agradable, pero tenemos que usar la falúa. Somos demasiados para tomar el aerocoche. El viento entrará como un huracán por la cabina.

—Cualquier cosa antes que permanecer un minuto más aquí.

Lang dirigió una mirada a Iris. La chica tenía la barbilla hundida en el pecho, pero parecía más serena. Esperó a que Archer cerrase la esclusa y activó los motores de la falúa. Rogó para que el disparo de Yaneil, al inmovilizar al piloto drolita, no hubiera afectado partes vitales del vehículo.

Cuando las toberas rugieron respiró aliviado. A mínima potencia elevó unos metros la falúa, la hizo girar y enfiló su chamuscada proa hacia el sur del cañón, procurando no elevarse excesivamente.

Constantemente miraba su cronómetro. Cuando alcanzaron el final sur del cañón, que se convertía en un laberinto de enormes rocas que se elevaban afiladas como cuchillos hacia el cielo, se desvió a la

izquierda, respirando con alivio.

Unos minutos más tarde, mientras volaban por el desolado valle buscando las alturas de la meseta, escucharon una atronadora explosión procedente de sus espaldas.

—Mesh tal vez no pensó que su carga era tan potente —dijo Lang—. Han debido saltar por los aires más de la mitad de los domos y casi todo el cañón.

Resultaba un tormento conducir sin la defensa de la cúpula. El aire penetraba rugiente y demoledor por la abertura. Disminuyó cuanto pudo la velocidad, bajándola a menos de cien kilómetros a la hora y luego a poco más de cincuenta, haciendo más tolerable el avance.

—Me pregunto si el crucero drolita también ha saltado por los aires —dijo Yaneil.

—Es posible. Miles de toneladas de las laderas han debido precipitarse hacia el fondo del cañón. Sería un milagro que la nave drolita, a pesar de estar a dos o tres kilómetros del borde, al menos no hubiera perdido su estabilidad. Dudo que los supervivientes, si los hay, puedan salir de este planeta. Con un poco de suerte para nosotros aún estarán aquí cuando las unidades de la Liga y la Tierra vengan a investigar.

Protegiéndose con las manos, Yaneil se aproximó hasta la altura de Lang, intentando mirar hacia delante.

—Ahora sólo es preciso que el «Gades» haya acudido a la cita.

Instantes después descubrieron la estilizada línea de la nave comercial, posada sobre el claro donde horas antes estuvo.

CAPÍTULO XI

En el tercer salto, con el Sol de la Tierra a su alcance visual por los telescopios, tuvieron las primeras /noticias referentes al conflicto entre Rucer y Drole.

En la cámara de mando estaban los principales protagonistas de la aventura vivida en Istacia.

Lang había terminado de informar a sus superiores de la Unión de Navegadores Espaciales. Posteriormente, a su arribada a la Tierra, presentaría una detallada memoria escrita. La Unión se encargaría de transmitirlo todo, convenientemente, al gobierno terrestre, y éste a la Liga.

—Tengo que felicitarles, señores —dijo la voz del dirigente de la Unión, sonriéndoles por medio de la pantalla—. Para su satisfacción les puedo decir que la guerra no ha llegado a producirse. Al no comparecer en el punto previsto la flota teledirigida oculta en Istacia, Kohkol III y el Regente sintieron miedo y ordenaron el regreso a Drole.

»Por suerte ustedes se pusieron en contacto con las unidades de vigilancia de la Liga apenas terminaron el siguiente salto cuando partieron de Istacia. Eso sirvió para que el mando de la Liga se decidiera a intervenir. Ya había una buena excusa. Drole había profanado un territorio propiedad de la Liga, lo que le colocaba en pésima posición.

«También se detuvieron los proyectiles rucerianos que ya se dirigían hacia Drole. La Liga comunicó a Rucer que Drole solicitaba un armisticio sin condiciones, bajo los dictámenes de la Liga. Los proyectiles fueron detonados en el espacio, sin peligro para nadie.

»Tengo entendido que Kohkol ha sido depuesto de su cargo, al igual que el Regente y otros altos mandos drolitas que provocaron este caos. Pero el principal culpable, según las investigaciones preliminares ha sido Thomas Spencer. Ha sido una lástima que haya muerto. Hubiera debido pagar por sus culpas. Ahora, amigos, ya tienen mi permiso para iniciar el último salto. Nos encontraremos en la Tierra. Saludos.

La cara del dirigente de la Unión se esfumó. Yaneil, Don, Archer y Cotten se abrazaron, riendo. Lang trató de hacerlos volver a la calma.

—Vamos, héroes. Es hora de comenzar el definitivo salto por el hiperespacio. La Tierra está increíblemente cerca.

—Si, capitán —dijo Yaneil, ocupando su puesto, junto a Don Clinf —. ¿Nos veremos en él aeropuerto?

—¿Por qué no? Lo celebraremos juntos.

El capitán tomó a Iris de la mano y ambos salieron del puente. Lang hizo oídos sordos a las risas y bromas que escuchó a su espalda.

Iris hizo intención de tomar el pasillo central y Lang la detuvo.

—¡Eh! ¿Qué haces? Por ahí iremos a los niveles del pasaje…

—Es que ellos te esperan para darte las gracias —sonrió Iris, besándole.

—De ninguna manera. No quiero ahora. Me molestan esas fiestas privadas, esas damas gordas y enjoyadas que no cesarán de preguntarme estupideces.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Es sencillo. Los pasajeros no pueden subir hasta el nivel de la tripulación porque les está prohibido. Te invito a mi camarote, a beber allí unas copas de buen vino de Rucer.

Iris le cogió las manos y le miró a los ojos. Sus sensuales labios, prometedores, dibujaron una sonrisa de complicidad.

—De acuerdo. Vamos allí. Quedan doce horas para estar delante de la Tierra. ¿Tienes alguna guardia durante ese tiempo en el puente?

Lang movió la cabeza negativamente.

Ambos rieron y corrieron por el pasillo lateral, perdiéndose por él.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.